

#1

Teoría & Cambio social

La nueva América Latina

Mayo 2020

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Teoría social
y realidad
latinoamericana**



La crisis mundial del Covid-19 (I)

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Esteban Torres
Fernando Calderón
Manuel Castells
Viviane Brachet-Márquez
Manuel Antonio Carretón
Thomas Jeffrey Miley
Jacinta Gorriti
Hector Rios-Jara

Invitados especiales

Klaus Dörre
Stephan Lessenich

La crisis mundial del COVID 19 : boletín I / Esteban Torres ... [et al.]. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo / Vommaro, Pablo)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-722-601-0

1. Análisis Sociológico. 2. Ensayo Sociológico. 3. Pandemias. I. Torres,
Esteban
CDD 301



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
María Leguizamón - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Teresa Arteaga, Tomás Bontempo, Natalia Gianatelli y Cecilia Gofman

ISBN 978-987-722-601-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.


No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional  Asdi

Contenido

- 5 **Introducción**
Teoría & Cambio social: una nueva herramienta de comunicación
Esteban Torres
[Universidad Nacional de Córdoba-CONICET](#)
José Mauricio Domingues
[IESP - Universidad Estadual de Río de Janeiro](#)
- 7 **Covid-19 (I):**
La autoconservación social
Esteban Torres
[Universidad Nacional de Córdoba-CONICET](#)
- 15 **La nueva América Latina**
en la Kamanchaka global
Fernando Calderón
[Universidad Nacional de San Martín](#)
Manuel Castells
[Universidad Oberta de Catalunya y University of Southern California](#)
- 23 **El Covid-19 desde una perspectiva**
histórica
Viviane Brachet-Márquez
[El Colegio de México](#)
- 30 **El cambio social y el desafío político en la**
crisis de la pandemia
Manuel Antonio Garretón
[Universidad de Chile](#)

- 35 **Reflexiones desde**
el confinamiento
Thomas Jeffrey Miley
[Universidad de Cambridge](#)
- 38 **El estado de la pandemia**
Jacinta Gorriti
[Universidad Nacional de Córdoba - CONICET](#)
- 42 **El virus y la distopía neoliberal**
Héctor Ríos-Jara
[University College of London](#)

INVITADOS ESPECIALES

- 48 **Estado de excepción**
Una contribución a la economía política
de la epidemia
Klaus Dörre
[Friedrich-Schiller-University Jena](#)
- 58 **El nacionalismo epidémico**
y los límites de la solidaridad
Stephan Lessenich
[Universidad de Múnich](#)

Introducción

Teoría & Cambio social: una nueva herramienta de comunicación

Ponemos a disposición de los y las lectores/as el primer número de Teoría & Cambio social, el boletín del grupo de trabajo de CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”. El tópico que nos convoca en este lanzamiento es la mega-crisis del Covid19, actualmente en marcha. En esta primera entrega podrán encontrar textos de los/as integrantes del grupo, así como de algunos amigos invitados.

El boletín Teoría & Cambio social ha sido concebido como un espacio de encuentro y de publicación de textos cortos, ajustado a la agenda de investigación del Grupo y orientado a la intervención pública. La decisión de poner en marcha este dispositivo de comunicación se inscribe en el marco de las nuevas exigencias de impacto y de supervivencia que plantea la cultura de lectura dominante en el campo de las ciencias sociales. La adopción deliberada de esta inclinación adaptativa nos pone frente a una serie de oportunidades, de desafíos y de riesgos. La primera se asocia a las posibilidades de reaccionar de un modo veloz a los acontecimientos que se van sucediendo en la región y el mundo, en este caso a la mega-crisis del Covid19, en consonancia con el ritmo y la lógica de producción de la agenda pública. Por su parte, creemos que el desafío principal consiste en lograr convertir estos ejercicios dinámicos de intervención, más amigados con las lógicas de la opinión y el campo del periodismo, en una instancia productiva para una dinámica de trabajo centrada en la producción sociológica. Finalmente, los riesgos pasan por

caer en la tentación del profetismo, en los términos denunciados por Bourdieu, así como por degradar la propia instancia de producción de conocimiento.

Aquí se plantea una gran encrucijada para las ciencias sociales. Por un lado, estas desaparecerán del mapa en un mediano plazo si quedan atrapadas en una matriz de opinión y de simple procesamiento de información. Y, por el otro, estarán condenadas al ostracismo y a la obsolescencia si se desconectan del sistema de medios de comunicación. De este modo, si la realización del compromiso del intelectual público demanda prácticas sostenidas de opinión publicada y de reconocimiento del sentido común, la producción de conocimiento sociológico exige algo diferente: la superación durkhemniana del mundo pre-nocional y la ruptura permanente con ese mismo sentido común colectivo.

El tiempo de las ciencias aplicadas y de la producción teórica no se opone a los tiempos de resolución de los grandes problemas sociales, pero sí a la temporalidad dominante de la intervención mediática. La resolución médica de la crisis del coronavirus es un buen ejemplo de ello. Por más que las urgencias crezcan, las muertes se multipliquen y la sociedad mundial se desespere, no se puede pulverizar el tiempo del descubrimiento de una vacuna. El tiempo de la investigación se puede acelerar, pero no anular. Esto mismo vale para las ciencias sociales: una teoría de base científica no se inventa de un día para el otro, y sin una teoría por el estilo la ciencia social se descompone y su potencial transformador desaparece. Así como las ciencias médicas no pueden ofrecer una solución inmediata a la expansión bacteriológica del Covid19, las ciencias sociales no podrán ofrecer soluciones globales a la presente crisis social mundial si no se toman el tiempo para producir conocimientos inspirados en nuevas teorías.

De este modo, a partir del lanzamiento de Teoría & Cambio social, nos proponemos cabalgar en la contradicción comentada, asumiendo las oportunidades, los desafíos y los riesgos que acarrea.

Esteban Torres y José Mauricio Domingues

Abril de 2020, Córdoba, Argentina y Rio de Janeiro, Brasil.

Covid-19 (I): La autoconservación social*

Esteban Torres**

Universidad Nacional de Córdoba-CONICET

Para poder avanzar en la explicación del proceso socio-histórico asociado a la crisis planetaria activada por el Covid-19, me parece necesario abordar siete aspectos de alcance mundial que se están inter-relacionando en términos variables: i) la progresión de un movimiento de auto-conservación social basado en el miedo a la muerte por contagio; ii) el advenimiento de nuevos estados protectores y agresores, de una novedosa legitimidad de excepción asociada al accionar de los primeros, y de un discurso estatal de la guerra que refuerza la conducción política en el marco de la incertidumbre de la coyuntura actual; iii) el despliegue de una triple crisis que está progresando en simultáneo: crisis socio-sanitaria, crisis económica y crisis ecológica; iv) el avance en la conformación de una sociedad mundial pos-occidental, que involucra el desplazamiento del polo principal de poder de occidente a oriente, y más en concreto de Estados Unidos a China; v) el avance tendencial de un proceso de aceleración social que impacta en los modos de activación de las crisis mencionadas, así como en las dinámicas de recomposición; vi) la creación de oportunidades políticas reales para la formulación de

* Publicado inicialmente en el Observatorio social del Coronavirus, "Pensar la pandemia", de CLACSO. La serie de artículos que presentará el autor sobre el Covid-19, que se inaugura con este primer texto, se desarrollan en el marco de la cooperación entre el Observatorio Social del Coronavirus "Pensar la Pandemia", de CLACSO, y la iniciativa "E-laboraciones sociales en tiempos de pandemia", de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina.

** Co-coordinador del GT Clacso "Teoría Social y realidad latinoamericana". Investigador adjunto del CONICET. Profesor adjunto a cargo de la Cátedra "Sociología" de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), y de la Cátedra "Teorías y procesos de cambio social", de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, UNC.

un programa de cambio social mundial centrado en una *nueva política de la vida*, que pueda avanzar en la materialización de tres pactos fundamentales: un nuevo pacto sanitario orientado por una lógica de salud pública, un nuevo pacto económico basado en un agenda pos-periférica, y finalmente un nuevo pacto ecológico orientado por un modelo de desarrollo sostenible. Finalmente, como última cuestión, vii) la creciente exigencia para reconectar el campo de las ciencias sociales con las grandes problemáticas que afectan a las mayorías en el mundo, lo cual demandaría la reconstrucción de una ciencia social unificada, metódica y explicativa que tenga por objeto-marco a los procesos de cambio social mundial.

El presente estudio se despliega en siete entregas, siete textos, uno por cada uno de los puntos mencionados. En este texto inaugural me ocupo de presentar el primer punto. El lector no debe perder de vista que si bien cada texto se puede leer con cierta autonomía, recién podrá dimensionar los alcances del análisis general que propongo una vez leída la totalidad de las entregas.

El primer movimiento mundial de auto-conservación social

A partir del preciso momento en que los medios de comunicación comenzaron a informar que el Covid-19 estaba haciendo estragos en el Sur de Europa, a principios de marzo de 2020, el fenómeno se magnificó hasta convertirse en pocas semanas en la preocupación principal y casi excluyente de gran parte de la sociedad mundial. Según indican las encuestas, a menos de un mes de aquel momento, a fines de marzo, entre un 70% y un 95% de la población mundial, dependiendo de los países, admitía estar preocupada por las consecuencias del Covid-19. Desde de los países occidentales, en particular desde Europa, se comparte el registro de que se trata de la peor crisis que afronta el mundo desde la segunda guerra mundial. Para América Latina, dicha aseveración dista de ser evidente en la actualidad, y asimismo dispara una mayor variedad de interpretaciones, algunas de las cuales remiten al reconocimiento de las múltiples oportunidades de liberación política y de desarrollo económico autónomo que las guerras europeas representaron para la región.

Los indicadores centrales de la peligrosidad real del Covid-19 están ligados a su *capacidad de matar seres humanos* a partir del contagio y, de modo indirecto, a su *capacidad de destruir las economías nacionales*. Al día 20 de abril, 8 am, se contabilizan un total de 2.416.135 contagios y 165.939 muertes, prácticamente un millón de contagios más y el doble de muertes que nueve días antes (JHU, 2020). Desde hace pocos días, Estados Unidos pasó a encabezar las listas de contagios y muertes. Otro dato que viene sorprendiendo al mundo es que entre los 10 primeros países en contagios y muertes, siete son europeos (JHU, 2020). La capacidad de daño económico, por su parte, se asocia al poder de destrucción de mercados, empresas y empleos, así como al deterioro de los ingresos de la población mundial. Los números de la evolución de esta mega-crisis económica los abordaré en la tercera entrega de este estudio. Por estos días, las discusiones respecto a qué cuestión resulta más impactante y urgente atender, si el volumen de mortalidad directa o el efecto de devastación de las economías, se está saldando a favor de la primera. Pero esta ecuación puede cambiar en breve.

Mi trabajo parte del supuesto de que los cambios sociales activados a partir de la expansión del Covid-19 se producen principalmente a partir de la progresión acelerada de un movimiento planetario de *autoconservación social* basado en el miedo a la muerte por contagio. Este macro-flujo tiene su epicentro en los estratos medios y altos del conjunto de las sociedades afectadas. A partir de la información disponible, tiendo a suponer que las fuentes nucleares del miedo se conectan con la certeza de que el virus es mortal en algún grado, y de que momentáneamente no existen vacunas para prevenir el contagio ni medicamentos para curarlo. Esta constatación circunstancial deja en evidencia, como nunca antes, la inutilidad de la riqueza material como garante de la preservación de la vida humana en un sistema económico capitalista. A estos miedos nucleares se agregan algunas fuentes de miedo secundarias. Estas son i) la certeza de que se trata de un virus en extremo contagioso -mayor que sus precedentes- que nos puede invadir a partir de cualquier interacción social fuera de nuestros hogares, ii) la certeza de que la mayoría de los contagios se están produciendo en un estado pre-sintomático, y por lo tanto en el momento de incubación invisible del virus en sus portadores. Y, finalmente, iii) la probabilidad de que el proceso social de contagio pueda alimentarse masivamente desde los estratos bajos. Por lo tanto, la gran mayoría de la población mundial está atemorizada porque es consciente que el virus mata,

que no hay cura disponible, y porque al no saber ni por asomo quien nos podría contagiar, supone con todo realismo que cualquiera podría hacerlo.

Si el *modo de contagio* actual permite exhibir una potencia novedosa de afectación de una acción individual sobre un conjunto social, la *lógica de la protección social*, tanto sanitaria como económica, nos vuelve a recordar de que manera la colectividad centrada en el estado deviene en la condición determinante de la preservación de la vida en las sociedades modernas. Respecto al modo de contagio, la expansión del Covid-19 ha logrado magnificar de forma inédita, y algo inesperada, los macro-efectos sociales que pueden generar los micro-impulsos de cualquier individuo. De este modo, la crisis mundial en marcha en torno a la pandemia deja en evidencia que la precipitación de las grandes dinámicas sociales pueden depender, en simultáneo, cada vez más de las decisiones de un individuo cualquiera, situado en cualquier estrato de la estructura social (contagio), y cada vez más de las entidades supra-individuales, como son el aparato estatal (protección-agresión) y el comportamiento colectivo (auto-conservación, despreocupación y anti-protección¹). El hecho que se trate de cualquier individuo, y por tanto también, potencialmente, de un individuo de estrato bajo, es lo que refuerza el movimiento actual de delegación de poder coactivo y de regulación en los estados protectores². La profundidad del miedo colectivo, y del movimiento de auto-conservación en general, no solo tiene que ver con que un individuo

¹ Sobre esta diferenciación en el comportamiento colectivo, ver más adelante.

² La crisis sanitaria producida por el Covid-19 está definiendo dos formas estatales generales: la del estado protector y la del estado agresor. El estado protector es aquel que actualmente está llevando adelante políticas anti-virus planificadas y que el movimiento de auto-conservación social considera que puede combatir en algún grado la amenaza del Covid-19. El estado agresor, por su parte, es aquel que no adopta una política anti-virus y que el movimiento de auto-conservación social considera que minimiza el problema y que no está dispuesto o capacitado para combatir la amenaza del Covid-19. A su vez, es posible identificar en un plano objetivo la conformación de al menos dos tipos de estados protectores: el estado social protector y el estado liberal protector. El primero es aquel estado que al momento de direccionar sus recursos prioriza la cuestión socio-sanitaria y la inclusión económica de los estratos bajos. El segundo, por su parte, es aquel que prioriza la recomposición general del mercado, y que por lo general no ofrece una protección económica complementaria para los estratos bajos y medios. Junto a ello, es posible identificar dos tipos de resolución temporal de la protección estatal, que ingresa en la definición de la forma estado que se está creando en esta coyuntura: el estado protector preventivo y el estado protector tardío. El primer tipo de estado es aquel que movilizó la protección socio-sanitaria bajo una lógica preventiva, antes de haber registrado muertos en su país y con niveles de contagio en extremo bajos. Por su parte, el segundo se orientó a la protección una vez que el país ya se encontraba en crisis socio-sanitaria, más o menos avanzada. La gran mayoría de estados de protección preventiva en el mundo son estados sociales. En América Latina, el único ejemplo de estado social protector es el argentino, que a su vez se corresponde con un estado preventivo. Un ejemplo de estado liberal protector de carácter tardío podría ser el de Chile. Analizaré las formas estatales emergentes en América Latina y el mundo en la segunda entrega. (la próxima).

conocido o desconocido te pueda matar, sino que aquel individuo que te puede matar puede ser un individuo de estrato bajo. Esto se genera principalmente a partir del momento en que se disparan los llamados contagios locales o comunitarios. El modo de proliferación de la pandemia indica que la suerte de los de arriba esta más ligada que antes a la suerte de los de abajo, y ello magnifica el temor social de un modo inédito.

El vendaval auto-conservador deviene en un movimiento societal mundial y generalizado³ porque la expansión de la pandemia trae consigo un potencial inédito de desdiferenciación de estratos y de países. El ataque epidemiológico no distingue *en abstracto* entre clases de individuos y clases de naciones. Ahora bien, no hay que perder de vista que dicho movimiento indicado se despliega desde una *cultura de estratos*, que se va conformando en el marco de una sociedad capitalista de consumo de auto-realización, basada en la desigualdad entre clases de individuos y clases de países (Torres, 2020a; 2020b). De este modo, el actual movimiento de auto-conservación social atraviesa y altera el conjunto de los estratos sociales, pero no está produciendo la anulación de las culturas de estrato, sino más bien su resignificación momentánea⁴. Uno de los puntos centrales de la descomposición simbólica coyuntural que está produciendo la presente crisis multidimensional está ligada a la evidencia –tal como indiqué– de que el dinero colabora pero no garantiza aquel distanciamiento social que preserva a los individuos de las amenazas contra su vida.

De este modo, lo que acompaña la progresión mundial del COVID-19 es un temor societal creciente, magnificado por los medios de comunicación y cimentado por el discurso de la guerra de los estados protectores⁵, que viene moldeando los comportamientos sociales de las grandes mayorías en el planeta. Es la primera vez en la historia de la humanidad que un flujo de temor colectivo prolifera,

³ Aquí distingo entre lo mundial y lo general. El primero es una referencia de alcance espacial, que puede involucrar a muchos o a pocos individuos, mientras que el segundo es una referencia de volumen demográfico que, a diferencia de la noción de masas, integra al conjunto de los estratos sociales.

⁴ Una parte de las resistencias que manifiestan los estratos de individuos alto y superior en su confinamiento domiciliario tiene que ver con el crecimiento del malestar respecto a las intervenciones des-estratificantes y re-clasificadores del estado protector, y muy en particular con aquellas intervenciones económicas complementarias de los estados sociales protectores orientadas a los estratos bajos y medios.

⁵ En la segunda entrega, junto con el análisis de las formas estatales emergentes y como ellos es conecta con una nueva legitimidad de excepción (tanto en el campo popular como en el campo elitista), así como la generalización del empleo estatal de un discurso de la guerra.

circula y se retroalimenta a un ritmo tan acelerado, a una escala plenamente mundial y a nivel de generalidad tan acabado. Ahora bien, si por un lado el temor al contagio es generalizado, el impacto concreto del Covid-19 es selectivo. Está golpeando principalmente a los mayores de edad, y algo más a los hombres. Y desde luego la proliferación y los efectos de los contagios están siendo mucho más pronunciados en los estratos bajos de la sociedad⁶. Hasta el momento, el Covid-19 ha impactado en mayor medida en los países centrales, pero se espera una rápida progresión hacia los países periféricos. A partir de entonces, de su expansión periférica, se puede llegar a revertir esta ecuación de afectación inusual entre ambos polos mundiales.

Las fuerzas de oposición: despreocupación social y anti-proteccionismo

Al movimiento mundial de auto-conservación social se le oponen dos macro-impulsos, hasta hoy minoritarios, pero igualmente mundiales: un *movimiento de despreocupación social* y, junto a ello, un *movimiento anti-proteccionista*. El movimiento de despreocupación social involucra al conjunto de los estratos sociales, pero lo hace en mayor medida con los estratos bajos. En relación a estos últimos, este impulso social está integrado por millones de individuos que se encuentran agujoneados por problemas diarios de supervivencia que superan o igualan en gravedad a la amenaza del Covid-19. Y dada esa situación crítica tienden a desentenderse de la pandemia y a actuar como si no existiese. Se trata de un tipo de despreocupación pasiva. Ahora bien, en los individuos de estratos medios, altos y superiores, el movimiento de despreocupación social se manifiesta a partir de la propensión a negar o bien a subestimar el riesgo individual y social que trae aparejado la colectivización del contagio. Estas modalidades individualistas, que varían en intensidad, se concretan en la búsqueda permanente de transgredir las reglas de aislamiento, de control y de seguridad pública instaladas por los estados protectores y eventualmente por las propias comunidades auto-protectoras. Aquí todo indica que mientras más elevado es el estrato de los individuos, mayor es la propensión a la manifestación de esta despreocupación activa y en varios

⁶ Por el momento no hay estudios sistemáticos de la evolución de los contagios y de las muertes por contagio según estratos de clase.

casos violenta. Hacia estos estratos desafectados apuntan buena parte de las medidas coactivas que vienen aplicando los estados protectores.

En cuanto al movimiento anti-proteccionista, hasta el momento viene adquiriendo la forma de una oposición social menor, sin arraigo masivo, y localizada exclusivamente en los países bajo conducción de estados agresores (tanto liberales como sociales). Una de las expresiones más alarmantes de esta inclinación ha sido el despliegue de movilizaciones de resistencia armada en Estados Unidos. Estos movimientos por lo general están bien organizados y se están propagando desde diferentes puntos de la costa oeste hacia el resto del país. La mayoría se encuentra encabezada por empresarios, sheriffs y políticos –principalmente republicanos-, que se ajustan desde abajo a las posiciones de agresividad liberal del presidente Donald Trump. Los integrantes de estos movimientos violaron la cuarentena impuesta en algunos estados y tomaron las calles para denunciar el accionar de los gobiernos estatales proteccionistas y reclamar por la reapertura de la economía (“Opening our Country”) y por la defensa de las libertades individuales (“Don’t Tread on Me”). Por lo tanto se trata de movilizaciones que impugnan a los estados protectores intermedios, como los gobiernos de Idaho y de Michigan, con el apoyo activo del gobierno agresor de Trump. Otra expresión de movilización anti-proteccionista es la que involucra a algunos líderes del poder económico concentrado. Un caso paradigmático es el de Ricardo Salinas Pliego, la segunda fortuna de México. Este mega-empresario no solo prohibió que los cerca de 70.000 empleados que trabajan en sus empresas cumplan con el aislamiento impuesto por el estado, sino que se expresó públicamente a favor de la apertura de la economía y en contra del miedo auto-conservador. Al igual que las movilizaciones en Estados Unidos, se trata de una manifestación que se produce en el marco de un estado agresor, en este caso de un estado social agresor como el que encabeza Manuel López Obrador.

Desde el estallido de la crisis mundial del Covid-19 hasta hoy, el movimiento de auto-conservación se viene sosteniendo como el macro-impulso dominante en el mundo. Sin este fenómeno no se puede entender la recreación liberal y social del nuevo estado protector como forma legítima y mayoritaria en el sistema mundial. El movimiento de despreocupación social, por su parte, tiene hasta el momento una incidencia social muy superior que las recientes –aunque expansivas- movilizaciones anti-proteccionistas. Tal como indiqué, por el momento estas

últimas solo se están manifestando bajo estados agresivos, como son los de Estados Unidos, Brasil, México y Ecuador. En cualquier caso, dada la profundidad de la situación actual de incertidumbre estructural, las relaciones de fuerzas pueden cambiar. Todo indica que será la pugna a la vez nacional, regional y mundial entre estos movimientos sociales la que determine en buena medida la dirección en la cual evolucionará la crisis mundial del COVID-19.

REFERENCIAS

JHU -Johns Hopkins University- (2020). COVID-19 Map. Coronavirus Resource Center. Url: <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>

Torres, Esteban (2020a). “El sistema inter-capital: hacia una mundialización ampliada de la economía capitalista”. *Revista Encuentros*, 18(3), 12-23. <https://doi.org/10.15665/encuent.v18i3.2331>

Torres, Esteban (2020b). “Las explosiones sociales en América Latina: aproximación al juego de apropiación mundial”. En: Torres, Esteban; Leite Goncalves, Guilherme (eds). *Hacia una nueva sociología del capitalismo: un diálogo con Alemania*. Buenos Aires-Jena: CLACSO-Friedrich Schiller University Jena [Próximamente].

La nueva América Latina en la Kamanchaka global*

Fernando Calderón**

Universidad Nacional de San Martín

Manuel Castells***

Universidad Oberta de Catalunya y University of Southern California

Latinoamérica ha experimentado en los últimos 20 años una serie de crisis, inflexiones y cambios de manera asincrónica según los países y los momentos globales. Y con ello la sociedad latinoamericana, en su diversidad, cambio. Hoy el fantasma del coronavirus reproduce una nueva crisis global que debería ser tratada intrínsecamente, por su carácter universal, también de manera global, pero

* Este texto está basado en buena medida en el libro *La nueva América Latina*, F. Calderón y M. Castells. México: FCE, 2019.

** Doctor en Sociología de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, Francia. Investigador y docente en diferentes universidades. Actualmente se desempeña como Director de Investigación de la Universidad de San Martín (Argentina), profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales de la misma universidad, y del Programa Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge.

*** Sociólogo, economista y profesor universitario español, ministro de Universidades del Gobierno de España desde 2020. Está especialmente asociado con la investigación en sociedad de la información, comunicación y globalización. Desde 2006 es académico de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, con la medalla número 38.1 Según el Social Sciences Citation Index 2000-2014, Manuel Castells es el quinto académico del ámbito de las ciencias sociales más citado del mundo y el erudito en comunicación más citado del mundo

se hace de manera nacional, por cierto en un contexto casi universal de crisis de los Estados-nación sobre todo en los planos social y cultural. Escribimos un libro sobre la nueva sociedad regional basada en estudios empíricos e históricos estructurales de carácter nacional y global. Sin una visión de la geografía del poder mundial no se puede entender los cambios en las sociedades nacionales informacionales. Esperamos que este libro ayude a comprender los problemas latinoamericanos que hoy se redefinen con la crisis global del coronavirus. Comenzamos nuestra investigación mediante el estudio de los procesos contradictorios a través de los cuales América Latina se incorporó a la economía global en el cambio de milenio. En aras de la simplicidad, identificamos dos modelos económicos sucesivos que guiaron la globalización de América Latina. Los hemos nombrado “neoliberalismo” y “neo-desarrollismo”. Bajo el neoliberalismo, las fuerzas del mercado proporcionaron la plantilla para reestructurar tanto la economía como la sociedad, para implementar el mantra del llamado “Consenso de Washington”. En la mayoría de los casos, estas políticas buscaron el crecimiento económico orientado a la exportación, el aumento de la competitividad y la mejora de las infraestructuras tecnológicas, particularmente en telecomunicaciones, digitalización y transporte. Sin embargo, la privatización a gran escala y la reducción del gasto social dieron lugar a la pobreza, la desigualdad desenfrenada, los bajos salarios, la falta de beneficios sociales, en particular en las pensiones, y la expansión de la economía informal, ya que el crecimiento económico no se vio igualado por el empleo. Los servicios clave, como la educación y la atención sanitaria, fueron dejados a la auto-financiación por parte de las familias, lo que creó cargas de deuda insostenibles. Las políticas fiscales erráticas en varios países, a falta de una fiscalidad efectiva de las élites y las corporaciones, provocaron estallidos de inflación que fueron controlados por una fuerte política de “austeridad”, desestabilizando la economía y la vida social. La inequidad social de este modelo desencadenó una ola de protestas que sacudieron el orden político, aunque la duración de estas protestas y su impacto político variaron de un país a otro. El modelo neoliberal finalmente se derrumbó prácticamente en todos los países bajo el desafío de las protestas sociales y las alternativas políticas. El surgimiento de gobiernos progresistas con diferentes orientaciones ideológicas, particularmente en Venezuela, Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia, Ecuador y México, cambió el mapa político de América Latina. Las políticas gubernamentales se trasladaron a un nuevo modelo, que llamamos “neo-desarrollista”. Este modelo se caracterizó por una

intervención activa del Estado, un énfasis en el desarrollo de infraestructura productiva y un esquema orientado a la exportación, vinculado a lo que llamamos “extractivismo informacional”, guiado por el Estado, junto con esfuerzos sustanciales en la redistribución social y las políticas contra la pobreza. El neo-desarrollismo, en medio de una recesión mundial, desencadenó nuevas formas de oposición social que finalmente llevaron a su derrota política. Las fuentes de esta oposición fueron, por un lado, la hostilidad de las élites empresariales que encontraron amenazados sus privilegios, en particular en términos de impuestos, y, por otro, la creciente corrupción de las burocracias estatales, en gran medida para apoyar a los partidos en el gobierno, en un contexto de rápida expansión del estado. Paradójicamente, un segmento de las nuevas clases medias creadas por la redistribución de los ingresos y por las oportunidades generadas terminaron cuestionando a estos gobiernos que las crearon. Así, el modelo neo-desarrollista, como el neoliberal, se desmoronó bajo la presión de la oposición sociopolítica de grandes sectores de la sociedad. La crisis de estos modelos debe verse desde una perspectiva histórica. La comprensión de la nueva América Latina debe partir de la premisa de que mirar la historia es un requisito para la recuperación del sentido social en el contexto de un proceso de cambios dramáticos como los discutidos en el libro. En un momento de reestructuración global multidimensional, las empresas multinacionales se están reorganizando a nivel productivo, financiero y comercial. América Latina siempre ha sido definida por las potencias y empresas globales como un territorio para la extracción de materias primas y recursos naturales; actualmente esto significa principalmente litio, cobre, hierro, minerales raros y preciosos, productos agrícolas, silvicultura, petróleo, gas y hojas de coca, entre otros. Sin embargo, las redes que conectan territorios extractivos con desarrollos globales impulsados por empresas en fuerte competencia (como las chinas, alemanas, australianas y japonesas atrapadas en disputas sobre el litio) están activas. Estos conflictos tienen una influencia cada vez mayor en la dinámica de la crisis y en la confrontación política de la región. Esto puede verse, por ejemplo, en la ruptura del acuerdo entre el gobierno boliviano y las empresas alemanas que permitía la extracción del litio, debido a las críticas y protestas durante el segundo semestre de 2019 en el Departamento de Potosí. En términos políticos, las amenazas a la democracia liberal también están relacionadas con profundos cambios en la arena internacional, el nuevo poder económico de China y sus conflictos comerciales con EEUU y particularmente por la política

agresiva de Estados Unidos hacia América Latina bajo la administración Trump. Esta política parece representar un regreso a la era de la Guerra Fría, cuando las conspiraciones y la desinformación fueron la norma y contribuyeron al deterioro de la democracia en la región. Así, nuevas crisis y conflictos conducen a la fragmentación, con las fuerzas militares una vez más en el centro del escenario. Cuanto más procesos y acuerdos socio-institucionales fracasen, mayor será el poder y la influencia de los militares. Este fenómeno está asociado al resurgimiento de la hiper-ideologización, que ha encontrado un vehículo perfecto para la expresión en las redes sociales. Las crisis de los modelos neoliberal y neo-desarrollista forman parte de una crisis global multidimensional. Esto está llevando al surgimiento de un nuevo conjunto de conflictos sociales, que están modificando la vida cotidiana, así como los lazos sociales. Los resultados de estas crisis son inciertos, sobre todo debido a la fragilidad de las instituciones y a su incapacidad para prestar apoyo social. La hostilidad impregna las relaciones y culturas interpersonales. ¿Qué tipo de nuevo modelo podría aplicarse dada la integración de la región en la economía mundial? Las respuestas a esta pregunta dependen en última instancia de la dinámica de los conflictos sociales y los arreglos políticos en cada país. Pero para entender tanto el pasado reciente de la región como sus perspectivas, tenemos que considerar otros factores, no solo los intereses de clase y las políticas económicas. Necesitamos ir más allá del estudio de las estructuras sociales y las instituciones. En este sentido hemos dedicado un esfuerzo considerable a estudiar los movimientos sociales y las formas de protesta social identificando a los principales actores sociales involucrados en estos procesos. En primer lugar, estos movimientos están conformados por jóvenes, no nos referimos solo a los movimientos estudiantiles universitarios y secundarios, sino a aquellos que participan en las movilizaciones más allá de su extracción socioeconómica. En el libro se explica las profundas transformaciones que han dado forma a las nuevas generaciones en América Latina, con más educación e información y empoderadas por su autonomía comunicativa en redes digitales. En todos los casos los jóvenes han iniciado las protestas y son quienes las mantienen frente a la represión. Son intrépidos, habiendo superado el terror que sus padres experimentaron bajo dictaduras sangrientas. Un vivo sentimiento de solidaridad intergeneracional se palpó en las protestas cuando, en el caso de Chile, los manifestantes exigían acceso a una educación decente y gratuita porque sus padres se habían endeudado para pagarla. Las mujeres también ocupan un lugar preponderante buscando

derrocar al patriarcado y poner fin a la violencia, defendiendo su derecho a decidir sobre sus propios cuerpos y su libertad personal. La intensidad de las movilizaciones de mujeres en Argentina, por ejemplo, fue un factor decisivo en el cambio político en ese país, pero también estuvo presente en otros países, particularmente en Brasil, Bolivia, Chile, Uruguay y México. Y además tuvieron impacto en otras regiones del mundo. Si bien las demandas y los sindicatos de trabajadores fueron significativos en las movilizaciones, particularmente en Argentina, donde los sindicatos peronistas son una fuerza importante, los nuevos movimientos sociales reunieron a actores muy diferentes, incluidos los movimientos sociales urbanos, ambientalistas, defensores de los derechos de los animales, minorías étnicas, activistas LGBT, defensores de los derechos humanos y artistas. Una bandera común unió a estos actores dispares: la dignidad. Dignidad fue la palabra convocante en la mayoría de estos movimientos, como en la mayoría de los movimientos sociales en red que tienen lugar en todo el mundo durante la última década, de España a Hong Kong y de Nueva York a Chile. En este contexto, la dignidad no solo es el derecho a una vida decente, es la demanda a ser tratados como seres humanos dignos. Los nuevos movimientos sociales en América Latina, como los que surgen en otros lugares, sólo pueden entenderse en el contexto de una crisis generalizada de legitimidad que afecta a las instituciones. Partidos políticos, parlamentos, gobiernos, tribunales de justicia, fuerzas policiales, instituciones financieras, medios de comunicación, han perdido la confianza de una gran mayoría de ciudadanos (83% en América Latina en 2019, según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). En este colapso de la autoridad moral está implicada la Iglesia Católica, cuya pérdida de peso estudiamos en este libro. Ello ha dejado un espacio vacío en la vida de muchos en América Latina, privando a las personas de un lugar de refugio psicológico que ayuda a soportar la dura realidad de la existencia. Este espacio está siendo llenado por una miríada de iglesias evangélicas que en buena medida son el principal apoyo a las demandas de “ley y orden” que pueden allanar el camino para gobiernos autoritarios. En el corazón de esta crisis generalizada de legitimidad está la corrupción del Estado, una característica decisiva en casi todos los países de América Latina. Las denuncias de corrupción se repiten e incluso predominan en todas las movilizaciones recientes en la región, lo que indica una profunda desconfianza hacia las instituciones responsables de gestionar la vida de las personas. Un factor en el aumento de la corrupción estatal es la expansión de la economía criminal, cuyas

causas y consecuencias se tratan en detalle en el libro. Pero la corrupción va más allá de la presencia generalizada de elementos criminales. Está arraigada en la financiación ilegal sistémica de los partidos políticos; en el rol de los Estados latinoamericanos en la conexión de redes globales con redes locales en la nueva economía; en la importancia de los mercados públicos como fuentes de acumulación de capital para las empresas oligopólicas dispuestas a “comprar” políticos, debido a la rentabilidad de inversiones en infraestructura vinculada a proyectos de modernización y urbanización de América Latina. Un caso paradigmático es el de la multinacional brasileña Odebrecht, responsable de la corrupción de líderes políticos en Brasil, Perú, Ecuador, Chile y México, entre otros países. Esta corrupción subyace al colapso de las instituciones públicas y, en última instancia, a las explosiones sociales que se están produciendo a lo largo de la región. Una novedad en este contexto es el regreso de los militares como actor político. El caso paradigmático es Bolsonaro, que “representa” a una parte de las élites latinoamericanas que se sienten amenazadas. La conclusión de nuestro libro es un tanto sombría, y utilizamos la noción de kamanchaka para describirla. La kamanchaka es una bruma inesperada de niebla oscura en la región andina que penetra las minas y los campamentos de mineros y sus vidas, produciendo angustia, miedo y parálisis en los espíritus y en el trabajo de las personas. Así describimos en buena medida lo que produce esta crisis en la región. Sin embargo, cerramos el libro con la idea del “color de la esperanza”, definido por los movimientos sociales de jóvenes, mujeres, ambientalistas y pueblos indígenas, que se proponen redefinir sus vidas y su futuro. Independientemente de afiliaciones políticas, ideológicas, culturales o económicas, las sociedades precisan ser reconocidas en su pluralidad social y en la defensa inequívoca de los derechos humanos, la dignidad y la diversidad.

Corolario

Lo increíble de todo esto es que en medio de una compleja multi crisis global emergió la pandemia del coronavirus complejizando y acelerando aún más las brumas oscuras de la kamanchaka. Se trata de un fenómeno fantasmagórico, único, incierto, anómalo, que actúa en una lógica del azar a nivel mundial pero que afecta la vida cotidiana de las personas, sus sociedades y los Estados nación. Como hecho global, necesita ser tratado globalmente pero dada la crisis

multidimensional solo permitió, hasta ahora, un tratamiento a nivel nacional, con Estados e instituciones sociales por lo general muy débiles. Y con ello se re-instaló el miedo en el centro de la vida cotidiana a escala global. Vivimos nuevamente como bajo el fantasma de las dictaduras, miedo al otro, a la muerte, a la exclusión social, al sin sentido. Las personas y sociedades específicas necesitan y exigen políticas públicas exitosas que ningún Estado puede proveer. Las respuestas son variadas. ¿Cómo están respondiendo los débiles y colapsados Estados latinoamericanos a este fantasma pandémico? ¿Qué escenarios están en juego hoy en el plano de lo socioeconómico, el desarrollo, la interculturalidad, los ciudadanos y sus derechos humanos de una vida digna? ¿Será un colapso como en el siglo XVI? ¿Será posible la emergencia de un nuevo modo de desarrollo informacional centrado en la vida de las personas o se reinstalará la lógica puramente economicista y ultra individualista del mercado y el Estado que sabemos que por sí solos no funcionan? ¿Emergerá un Estado descentralizado de lo público? ¿Nacerá una cultura de solidaridad global? ¿Qué pasará con el medioambiente y la naturaleza? ¿O todo será un absurdo catastrófico donde el poder seguirá preocupado porque no se ensucie el sillón de “La Metamorfosis” de Kafka? Al final Discépolo tendría razón y su tango será más universal que nunca. O Germani, que decía que la modernización tiene intrínsecamente una carga totalitaria. Un empresario multimillonario argentino echa a 1500 trabajadores de su empresa como si nada... En términos más occidentales se puede visualizar una suerte de competencia entre dos “tipologías ideales”. La primera es el “rational choice”, que argumenta que el remedio es peor que la enfermedad, que no se puede sacrificar la racionalidad de la economía en nombre de las personas porque al final terminarán pagando las propias personas y deteriorándose aún más la economía. La segunda es la “humanista”, que argumenta que la vida debe primar sobre la economía, que luego con esfuerzos y pactos colectivos se podría reconstruir. ¿Qué se puede pensar desde Latinoamérica? ¿Nos bastan las narraciones de los intelectuales de los países desarrollados o necesitamos una perspectiva global desde nuestras realidades, donde la complejidad y la densidad abigarrada de sus sociedades están pobladas de complejas yuxtaposiciones socio-culturales globales? En Latinoamérica no solo están sus diversas sociedades originarias, o de origen africano, europeo o asiático, con complejas estructuras de diferenciación social y funcional, donde desgraciadamente prima la desigualdad. De alguna manera en la región está todo el mundo. Buenos Aires se puede mirar en Europa y el gran

Buenos Aires en el resto de América Latina, o Rio de Janeiro, Bahía o Cartagena en África. Para no hablar de la naturaleza, donde la Amazonía conjuntamente con la Cordillera de los Andes organizaron la vida por miles de años. Claro, la Amazonía es la reserva ecológica de la humanidad, pero ¿qué sabemos realmente de su vida, de sus hojas, de sus ríos, de sus mitos trashumantes, de la coca, la yuca y de millones de seres vivos que la habitan, mientras la Cordillera de los Andes y el sur Patagónico se descongelan? Quizás ya es hora de que los latinoamericanos construyan un paradigma ecológico humanista para todos. En todo caso, en esta coyuntura la cuestión central es la del manejo del tiempo, la del “tiempo de la pandemia” y allí tres variables parecen claves: la capacidad del Estado de transformar palabras en realidades, sobre todo en el plano de la salud, la capacidad tecnológica comunicacional y científica y su valorización pragmática en cada sociedad y Estado y el comportamiento individual y colectivo de las sociedades, tanto en familias horizontales que están en procesos de mutación, como se analiza en el libro, pero también a nivel de las organizaciones colectivas, de barrios, sindicatos, etc. Quizás sólo articulando lo individual con lo colectivo en lo local se pueda encontrar una esperanza, en la medida que toda acción colectiva sea el resultado de un consenso individual y la acción individual pueda ser valorada en el plano colectivo en un mundo con diferencias sociales muy altas. En suma, ¿se podrá combinar de manera creativa Estado, sociedad y tecno-economía? Es decir, ¿se podrá “navegar contra el viento” en los tiempos del virus? Como escribió García Márquez al final de “El amor en los tiempos del cólera”, cuando la mujer amada pregunta: “¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo?” Y él responde: “Toda la vida”.

El Covid-19 desde una perspectiva histórica

Viviane Brachet-Márquez*

El Colegio de México

Para entender mejor lo que puede significar la pandemia del Covid-19 para nuestras sociedades latinoamericanas, primero debemos partir de una visión de los procesos sociales profundos basados en los cuales han funcionado dichas sociedades antes de la pandemia. Segundo, debemos plantear, en función de este entramado histórico, cuáles son los escenarios posibles de cambios y continuidades durante y después de la pandemia. Ambos planteamientos dependen de una concepción de la sociedad como proceso dinámico que se va construyendo en las acciones y reacciones ante eventos de las personas, las organizaciones y las instituciones en el tiempo histórico mediano, que para América Latina es desde la posguerra.

Propongo partir de las premisas de un proceso societal en constante movimiento de competencia y cooperación entre órdenes institucionales históricamente constituidos que luchan mediante sus organizaciones centrales (La Iglesia Católica, las empresas transnacionales, las Fuerzas Armadas, el aparato estatal administrativo y coercitivo) por establecer su hegemonía simbólica, moral y coercitiva

* Es profesora-investigadora de sociología emérita en El Colegio de México, e investigadora nacional emérita del Sistema Nacional de Investigadores (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología). Se ha concentrado durante los últimos 30 años en estudiar el Estado en América Latina, primero desde la perspectiva de las políticas públicas y ahora como proceso histórico institucional.

sobre las sociedades nacionales, a fin de extraer de ellas tanto su poder como su subsistencia económica.¹¹

El proceso interinstitucional con base en el cual pretendo construir un espacio para plantear escenarios de acción estatal contra el virus, exige, antes de emitir cualquier diagnóstico, un análisis en el tiempo de las relaciones entre el Estado y otros centros de poder institucional. En efecto, bueno o malo, *el Estado es hoy el actor institucional al cual se le exige resolver la situación catastrófica del contagio masivo del Covid-19* pero, en condiciones infraestructurales y medios presupuestales débiles, mientras que la iniciativa privada adopta un perfil bajo en un escenario que, por el momento, representa pocas posibilidades de acciones redituables.

La mirada propuesta nos obliga a buscar la respuesta a la pregunta de cómo llegamos hasta el lugar en donde estamos, “hoy” y “aquí” (Ecuador, Argentina, Guatemala o México), con un análisis (aquí muy somero) de las condiciones interinstitucionales construidas desde la postguerra. Examinar este proceso histórico no consiste en buscar causas originarias cada vez más alejadas en el tiempo de lo que hoy es una realidad institucional solidificada con los años y los intereses adquiridos. La dinámica que debemos escrutar es el proceso que promovió y afianzó la situación actual de debilidad colectiva en la que los estados nacionales fueron tan sólo un actor institucional entre otros, frente al capital, las asociaciones internacionales, las potencias extranjeras (particularmente los Estados Unidos), la Iglesia Católica, los militares, las élites nacionales asociadas con estas instituciones, que a lo largo de los años han incidido en la redefinición de los límites dentro de los cuales es legalmente y moralmente legítimo asegurar el bienestar para nuestras poblaciones.

Evidentemente, es imposible dar aquí siquiera ejemplos concretos de este proceso, tal como se desarrolló en cada país en tiempos y formas diferentes, pero con elementos comunes que permiten su comparación. El acercamiento propuesto permite definir episodios espacio-temporales durante los cuales una institución en particular, o combinación de éstas, alcanzó una posición de hegemonía en la sociedad, y estableció principios e organismos de administración de

¹¹ Esta concepción histórico-institucional de la sociedad está expuesta en Brachet-Márquez, 2016 y , 2017 y en un libro actualmente en preparación y previsto para 2021.

las desigualdades frente al trabajo, la salud y la educación durante ese lapso de tiempo.

América Latina, no vivió los “treinta gloriosos” años durante los cuales se estableció un pacto político entre el capital y los Estados democráticos europeos (Streeck, 2013) para subir el nivel salarial de los trabajadores, fundar o expandir las instituciones de bienestar social, y construir la infraestructura correspondiente. Este conjunto de medidas se transformó, para las nuevas generaciones, en derechos ciudadanos que hoy siguen en pie, aunque mermados por la desregulación mundial del capital lanzada por el thatcherismo y el reaganismo, y más aún por la gran recesión del 2008 todavía por resolver. Lo que se vivió en América Latina fueron unas cuantas iniciativas de redistribución social emprendidas por gobiernos reformistas, o bajo presiones populares, que establecieron instituciones de seguridad social. Gracias a éstas, los obreros y funcionarios se beneficiaron prioritariamente de condiciones de pleno empleo y aseguramiento en salud y jubilación (pero rara vez de desempleo), volviéndose ciudadanos privilegiados en comparación con las poblaciones rurales todavía mayoritarias hasta finales de los 1960. Éstas se quedaron en espera de reformas agrarias que, como en Colombia, Guatemala o Perú, no llegaron, o que fueron lentas y limitadas como en México, y demasiado pronto rebasadas por el crecimiento demográfico.

De los 1940 a los 1970, los gobiernos de la región, sin importar sus tendencias políticas, apostaron a la industrialización por sustitución de importaciones, a partir de la cual se crearía el “desarrollo” de los países. El bienestar social iba a surgir naturalmente de dicho desarrollo, entendido como un proceso amplio que rebasaba la noción de crecimiento económico. Esta política se llevó a cabo en contextos relativamente (o muy) autoritarios, que no consideraron necesario enderezar la sesgada distribución del ingreso, y de los servicios públicos a la salud y la educación, pero sí se ocuparon de callar a las demandas sociales. Además, la empecinada oposición al control natal de la Iglesia Católica hizo que la prosperidad relativa de estos años hasta los 80 generaran una explosión demográfica que dificultó, para no decir imposibilitó, la tarea estatal de proveer niveles salariales, educación, salud y jubilación de calidad a toda la población.¹² En otras palabras,

¹² Como ejemplo reciente de la forma en que la Iglesia Católica aprovecha las oportunidades de ganar estatura moral entre sus feligreses es la declaración del obispo de Cuernavaca (México) en marzo del 2020 de que el Covid-19 debe entenderse como “el castigo de Dios por

tanto el capitalismo como el catolicismo ejemplifican como las instituciones se han amoldado a las formas establecidas de la injusticia social en la región, y hasta las estimularon, el primero para aumentar sus ganancias y el segundo para afianzar su autoridad moral. En tal contexto, es poco sorprendente que el mismo Estado haya dejado desatendido a los sectores marginados como la población rural y las comunidades indígenas¹. A las viejas desigualdades que habían subsistido de períodos anteriores, se agregaron, entonces, las modernas que partieron los países en sectores con derechos y oportunidades legalmente definidos como desiguales, a la vez que dieron una baja prioridad a la provisión de recursos suficientes para proveer educación básica de calidad y servicios de salud equitativos a toda la población.² De esta manera, las injusticias hacia muchos se volvieron condicionantes de la prosperidad de los pocos, retratada ésta como “desarrollo” y “modernidad”.

Estas transformaciones estructurales sin igualdad social se cristalizaron a partir de los años 1970, cuando la respuesta a las movilizaciones de jóvenes y campesinos en la guerrilla en varios países empezaron una era en la que las fuerzas armadas, técnicamente modernizadas e ideológicamente preparadas para las acciones contra-insurgentes, tomaron el poder estatal en varios países, y persiguieron la “amenaza comunista” por todos los medios posibles. En tal clima, las condiciones sanitarias y educativas no fueron objeto de interés prioritario, pero sí la represión de los sindicatos (que en Argentina habían sido los dueños de las “Obras sociales”) y de los partidos, así como de todas las formas institucionales adquiridas de expresión desde la sociedad de demandas e insatisfacción. Solamente fue en Chile que se puso énfasis en lo social, pero solo para distribuir de forma inequitativa el bienestar social bajo la batuta de los “Chicago Boys” contratados por Augusto Pinochet.

Hasta los años 1980, cuando empezaron las transiciones hacia la democracia, la salud pública en nuestra región era pobremente financiada, por tanto limitada

aborto, homosexualidad e eutanasia”

¹ Al grado de bajar artificialmente los precios de los productos alimentarios básicos (como en México), a fin de atraer los capitales extranjeros con mantener los niveles salariales bajos.

² Por ejemplo, no fue hasta el periodo del 1976 a 1982 en México cuando se empezaron a construir hospitales y centros de salud en el campo, en parte con el trabajo voluntario de las mismas comunidades agrarias.

en términos de derechos y niveles de calidad para la mayor parte de la población, con derechos “universales” sólo para las minorías de los económicamente mejor dotados. El enfoque principal era obtener la salida voluntaria de los militares, y establecer elecciones periódicas y transparentes. Esta situación ha seguido en la actualidad, aunque esfuerzos especiales se hicieron en varios países para re-financiar la salud pública (en Chile) y revertir, a partir de los 1990 las reformas neo-liberales de privatización de las pensiones (en Argentina). Pero cambió un elemento fundamental: se abandonó, de facto, la aspiración a la universalidad de los derechos sociales. Ahora se optó por dividir la población entre los pobres y los no pobres. De ahí que no había que reformar los sistemas de la salud ni de la educación pública en la región, sino sacar a los hijos de los pobres de su situación mediante subvenciones al gasto familiar, a fin de que los hijos de los actualmente pobres pudieran rebasar la línea de la pobreza, e, ipso facto, ser considerados como capaces de sustentarse con su trabajo.³

Es imposible reproducir las luchas, los avances y los retrocesos que corresponden a este panorama en el tiempo que aparece, en el presente texto, como lineal y teleológico. Las luchas, sin embargo, se dan en las movilizaciones y desmovilizaciones de la población, las rivalidades partidarias y las formas “delegativas” de la democracia que han surgido, bien que mal, en la región. Lo esencial es seguir a través de estas luchas la suerte que han corrido las políticas sociales, particularmente la atención a la salud. Hemos vivido a pequeña escala, por ejemplo, epidemias de sarampión con vacunas insuficientes o defectuosas, y mortalidad infantil elevada, particularmente entre las comunidades indígenas. También hemos vivido la crisis de la influenza HN1 que no produjo acciones estatales céleres ni eficaces, y potencialmente podía transformarse en una situación catastrófica. De estas experiencias hemos sacado poca enseñanza. En México en 2012, el candidato al PRI regaló televisores planos a todos los que se presentaran para aumentar su atractivo electoral, no construyó hospitales ni mejoró las condiciones del personal de atención a la salud. Durante su mandato, dejó al Instituto del Seguro Social en la misma situación financiera desastrosa en la que empezó con la tardía

³ Este acercamiento es el adoptado particularmente por México, pero ha sido considerado como un modelo que seguir por muchos países de la región, aunque el programa mexicano de lucha contra la pobreza todavía no ha podido “graduar” a los que se beneficiaron de dicho programa.

democracia en 2000.⁴Esto significa una situación de incapacidad estructural para cualquier epidemia grave. Sin embargo, el clima político ha cambiado, y la insatisfacción frente a la acción gubernamental tendrá consecuencias políticas, que podrá favorecer una nueva ola de gobiernos reformistas en lo social, como sucedió en varios países de la región (Argentina, Bolivia, Ecuador, Brasil) entre 2000 y 2015. Esto también significará una lucha desigual y desgastante, con resultados inciertos, que se estarán dando en un contexto internacional de menor cooperación internacional, debido a la debilitación de las economías a nivel mundial resultante de la epidemia. Esta lucha se dará, sin embargo, en contextos democráticos muy imperfectos pero institucionalizados desde su creación en los 1980-1990, con posibilidades de mayores acciones desde la sociedad, y cambios en las agendas gubernamentales que no existieron en los periodos anteriores. Más que un momento parte-aguas en que todo cambia después, debemos considerar las consecuencias de la epidemia como un giro en las relaciones entre Estado y sociedad que, en un futuro próximo, podrán transformar las democracias delegativas de antaño en democracias con mayores espacios de participación y capacidad de presión por parte de la sociedad civil

REFERENCIAS

Brachet-Márquez, Viviane (2017). "Formación del Estado en América Latina. Una propuesta teórica interinstitucional". Ponencia presentada en la reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO Teoría social y realidad latinoamericana, en septiembre, Santiago de Chile.

Brachet-Márquez, Viviane (2007). "Las reformas de la salud pública y del régimen de pensión en América Latina: un diagnóstico preliminar. En: Brachet-Márquez Viviane (ed.) *Salud*

pública y regímenes de pensión en la era neoliberal. Argentina, Brasil, Chile y México. México: El Colegio de México.

Brachet-Márquez, Viviane; Uribe Gómez, Mónica (2016) (eds) *Estado y sociedad en América Latina. Acercamientos relacionales.* México: El Colegio de México.

⁴ Las familias (antes del Covid-19) han debido de facto pagar las pruebas de laboratorios en lo privado, comprar los medicamentos que "escasean", y turnarse las 24 horas para cuidar a sus enfermos hospitalizados.

- Centeno, Miguel Angel (2002a) *Blood and Debt. War and the Nation-State in Latin America*. Penn State University Press.
- Centeno, Miguel Angel (2002b). "The Center did not Hold: War in Latin America and the Monopolization of Violence" in Dunkerley, James (ed.) *Studies in the Formation of the Nation-State in Latin America*. London: Institute of Latin American Studies.
- Centeno, Miguel A. and Agustín E. Ferraro (eds.), (2013). *State and Nation Making in Latin America and Spain. Republics of the Possible*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kurtz, Marcus J. (2013). *Latin American State Building in Comparative Perspective. Social Foundations of Institutional Order*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Soifer, Hillel David (2015). *State Building in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Streeck, Wolfgang (2013). *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. Londres: Verso.

El cambio social y el desafío político en la crisis de la pandemia*

Manuel Antonio Garretón**

Universidad de Chile

Más allá de los aspectos de epidemia, de lo estrictamente sanitario, la cuestión es si estamos llegando a un punto final de un tipo de civilización que hay que revisar enteramente, lo que afectaría profundamente nuestro modo de vida y nuestras formas de organización, o si es posible salir de esta crisis a través de una “nueva normalidad” transitoria para luego retomar con paso atrasado, la misma senda seguida hasta ahora. .

* Las notas que siguen fueron preparadas a partir de la transcripción de una entrevista grabada y publicada en: <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2020/03/31/981557/Garreton-coronavirus-punto-final-civilizacion.html>.

** Estudió Sociología en la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde se licenció en 1967; posteriormente obtuvo el grado de Doctor por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Obtuvo la Beca Guggenheim en 1983 y la cátedra Simón Bolívar de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge, Gran Bretaña, en 2013. Desde 1994 es profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile.

A cada crisis, una respuesta de fondo

Hay que partir de la reflexión sobre un hecho: estamos en presencia de una crisis mundial, planetaria, que afecta a la humanidad. Hay, probablemente, con las diferencias que se pueden establecer, cuatro grandes catástrofes, tragedias o crisis mundiales en los siglos XX y XXI. La primera fue la del 29 al 31, la Gran Depresión. Ella cambió a la sociedad y su salida dio origen, contra un capitalismo liberal, desatado y sin control, al Estado de bienestar en los distintos países. El socialismo se veía como un horizonte de cambio de este capitalismo apoyado por las revoluciones de comienzo de siglo. Luego está la segunda Guerra Mundial, que dio origen a una transformación muy importante en la manera como la humanidad resolvía sus problemas, con la creación de las Naciones Unidas. La tercera no puede considerarse un evento sino un proceso que avanza desde hace décadas. Me refiero a la crisis medioambiental y al calentamiento global, que amenaza con poner fin a la humanidad y al planeta. Por supuesto, entre las causas del origen de la actual crisis sanitaria, destaca la ruptura de los ecosistemas que permite el traslado de virus de animales al ser humano, y la expansión de los procesos de globalización que también agravan la crisis ambiental. Además, como todos saben, las respuestas a la pandemia han significado en parte la detención de la contaminación, pero como ha sido señalado por los estudios, esta último es temporal y es probable que en los próximos meses pueda producirse una sinergia entre las dos crisis.

La cuarta crisis es la de pandemia actual del COVID-19. Creo que la crisis económica como la del 2008 o las epidemias anteriores, como la del ébola, no han tenido este impacto. Entonces la pregunta que uno tiene que hacerse es: ¿a qué transformaciones de la sociedad va a dar origen esta pandemia y qué modos de luchas se establecerán a partir de entonces? Porque lo que aparece claro, a mi juicio, es que no vamos a poder seguir viviendo del modo en que vivíamos, y si hacia el futuro sólo algunos lo podrán hacer, ello dará origen a crisis políticas permanentes que podrán llevar a otra catástrofe.

Lo que queda planteado en esta crisis es lo siguiente: no era necesario tener esta manera de vivir, de producir, de organizarnos, que además fue agravada por el extremo mercantilismo de los modelos neoliberales, que destruyen el medio

ambiente y generan profundas desigualdades que no llevan a su auto-transformación sino a profundización de sus rasgos.

Nuevo orden mundial

Una de las principales salidas de la crisis provocada por la segunda guerra mundial fue la creación de las Naciones Unidas. Esta organización no logró limitar la soberanía de los estados poderosos, pero sí logró crear un cierto poder mundial. Esto hay que retomarlo hacia el futuro, en diversos niveles. Por ejemplo, a nivel sanitario, hay que pensar que la OMS o quien sea deberá tener un poder mucho mayor, porque estamos frente a una crisis que es global y que no es solo confinada a algunos países. Y ahí se va a tener que enfrentar entonces a un debate sobre las formas de organización de los estados nacionales: ¿hasta qué punto van a poder tener una total soberanía cuando lo que hacen afecta a los otros países? Entonces la solución, si la crisis es global, va a tener que ser global.

Pensemos en términos de lo que nos señalaba el secretario general de Naciones Unidas. Uno de los modelos posibles es la expansión de la crisis del coronavirus a países que prácticamente no tienen estado o que no tienen el estado necesario, con recursos para enfrentar la crisis. Entonces, mientras se aplane la curva en los países europeos y desarrollados, lo que se va a producir es una pandemia enorme. ¿No va a tener que haber entonces un poder mundial que sea capaz de trasladar recursos médicos, económicos y hospitalarios a esos países? Lo que uno diría es que hay que repensar no sólo la forma cómo organizamos nuestras vidas cotidianas, sino también cómo se organizan las sociedades a escala global.

La reconstrucción de un orden social y económico

El problema de las desigualdades es de escala mundial. Lo que hay que tener en cuenta es que también la gente está desigualmente preparada para enfrentar los problemas de la crisis: los que tienen recursos o mayor capital social tiene también mucha mayor capacidad de enfrentarlo. Si no existe un cambio de los modelos económico y social en países como los nuestros, la normalidad a la que se vuelva no sólo habrá mantenido estas desigualdades sino que las habrá profundizado.

¿Será posible la generación de un proceso redistributivo en medio de un estancamiento y de un retroceso económico como el que estamos experimentando?

Es indispensable un cambio radical del modo como vivimos. Una cantidad de cosas que consumimos no son necesarias: no es necesario que se pase de un celular que tiene tales características a otro en el cual tengo que gastar mucho más. Simplemente, porque la necesidad no la tuvimos, sino que la tecnología avanzó y los intereses propios de las empresas que manejan esto nos llevan a la adquisición de los productos. Tampoco tiene sentido el escándalo de los grandes sueldos de deportistas y gente del espectáculo. Entonces, mi impresión es que tenemos que ir mucho más hacia una economía de las necesidades, lo que significa dejar una economía del poder de consumo, del dinero de cada uno, y pensar y proyectar una economía en función de las necesidades que tenemos como sociedad y como individuos. Dado que somos distintos, no es cuestión de uniformar, pero hay que buscar una manera de compatibilizar estos aspectos. Una sociedad no debe definir su crecimiento sobre la base de la capacidad del dinero que cada uno tiene para comprar lo que quiera. Pero es evidente que esto choca no sólo con los intereses de los grandes poderes económicos, financieros y comunicacionales, sino también con los de los llamados sectores medios emergentes y con las nuevas generaciones que aspiran a reproducir los niveles de vida que han implantado los primeros.

Aquí tiene que haber un cambio muy pero muy radical de mentalidades, en el cual lo que venimos haciendo por 200 años, acelerado en los últimos 20 o 30, tiene que ser de alguna manera cambiado. La humanidad no resiste, como ha vivido hasta ahora, mucho tiempo más. Y ello tiene que ver también con la cuestión medio ambiental. Para intentar salvarnos del coronavirus estamos constatando un avance en los temas medioambientales. Ello ocurrió sin darnos cuenta o sin querer hacerlo. Entonces, cuando salgamos de esta crisis ¿vamos a volver a tener los mismos niveles de emisión que teníamos antes? Eso no es posible.

Estado, política y sociedad

Y los temas planteados hasta aquí llevan necesariamente a la cuestión del Estado. Para la gran tarea señalada hay que tener un Estado en el cual la gente confíe, un

Estado compenetrado con la sociedad, y hoy día no lo tenemos. Pero hoy emergen condiciones, precisamente por la crisis, para un espacio que genere un sentimiento de comunidad entre Estado y los distintos grupos sociales. Eso no puede debería ser solo temporal y tampoco puede ser que ocurra al precio de acallar para siempre las demandas, las movilizaciones, las necesidades de transformación que la gente viene planteando a través de las movilizaciones y los “estallidos” de los tiempos recientes.

Y uno de los grandes problemas va a ser, por un lado, cómo hacemos un balance entre un poder del Estado que realmente ejerza su autoridad y, por otro lado, cómo se hace para que eso no sea un control autoritario. Especialmente en situaciones de una enorme desconfianza del Estado y de las instituciones.

Lo cierto es que el distanciamiento entre Estado y sociedad tiene como punto central a mi juicio la ruptura entre la política institucional y el mundo de los actores sociales. Ninguna salida transformadora, que no sea la pura reproducción del orden social anterior a la crisis (además en situación generalizada de empobrecimiento), puede hacerse sin una refundación de las relaciones entre actores sociales y la política, entendida ésta como la capacidad de redistribuir el poder en una sociedad.

En la historia, las grandes catástrofes han generado oportunidades de reconstruir las relaciones entre la política y el conjunto de la sociedad. Estamos frente a una de esas oportunidades. Lo anterior puede expresarse en que hay que tener la capacidad de entender y debatir precisamente eso: que estamos ante la posibilidad de un cambio civilizatorio, y ese cambio va acompañado también de una nueva manera de entender la relación entre la política institucional, el Estado y la vida de la gente.

Para el caso chileno, lo anterior implica que una crisis como ésta, que obliga a “medidas excepcionales”, no interrumpa indefinidamente lo que -como resultado del llamado “estallido social” de Octubre de 2019- era el camino que habíamos generado para reencontrarnos como país, que era el proceso constituyente. Este debiera ser el espacio también para resolver las cuestiones de fondo que deberían plantearse hacia el futuro a partir de la pandemia.

Reflexiones desde el confinamiento

Thomas Jeffrey Miley*

Universidad de Cambridge

Hoy es jueves 2 de abril del desdichado año 2020. Nos encontramos confinados aquí en Cambridge. Mi suegro, ingeniero médico de profesión, nos venía advirtiendo desde principios de enero que la cosa pintaba muy mal. Su hija, mi pareja, epidemióloga, le daba la razón. Yo, sociólogo, me mantenía un poco escéptico, y sobre todo, algo espantado por el entusiasmo que notaba en sus apasionados alegatos a favor de medidas draconianas para evitar un supuesto catástrofe inminente. De todos modos, desde su casa en Moshi, con vista al Monte Kilimanjaro, donde pasábamos un trimestre sabático, los augurios tan dramáticos por parte de mi suegro me parecían bastante hipotéticos, por no decir irreales, poca cosa más que un tema polémico, de debate, a la hora de la comida. La verdad es que no me podía imaginar lo que nos venía encima.

No me eran ajenos diagnósticos cataclísmicos. Al contrario, hace años que sostenía, como fiel discípulo de Chomsky, que la humanidad afronta dos amenazas existenciales, con muy limitadas probabilidades de superarlas —precisamente, las amenazas del cambio climático y de la guerra sin fin, con las armas de destrucción masiva. Aun así, me resultó muy difícil de creer que un virus iba a parar el mundo, tal cuál como profetizaba mi suegro, de hecho, que un virus podía llevarnos al borde del colapso del sistema capitalista a nivel global.

* Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Yale, Estados Unidos. Profesor titular en el Departamento de Sociología de la Universidad de Cambridge, Reino Unido. Fellow en el Darwin College, Cambridge (2011-2019)

Tal vez fue porque, por mucho que había presagiado un colapso inminente, sólo había presenciado una marcha continua hacia el precipicio. Así que cuando se acercó por fin ese precipicio tan largamente anunciado, e incluso cuando empezamos a precipitarnos, a caer, ya me había convertido en un incrédulo.

Hace tres semanas que volvimos a Cambridge desde Tanzania. Muchos son los días que nos arrepentimos de nuestra decisión de volver. Allá son sólo 20 el número de casos detectados, mientras aquí en el Reino Unido, superamos ya los 33 mil. Allá tenemos familia, mientras acá estamos más bien solos. Mis padres, mi hermano, mis primos, están lejos también, todos confinados, en California. La nuestra es una familia bien dispersa, por tres continentes. Pero nunca he sentido la distancia como la siento ahora.

Mi pareja está embarazada, nuestro segundo niño está por llegar a finales de este mes. Nos preguntamos en qué condiciones estará el hospital por esas fechas. Estamos un poco asustados. Y mi suegra, que pensaba venir para ayudarnos, tal como hizo hace cuatro años cuando nació el primer nieto suyo, sus planes de viaje se encuentran suspendidos, en el aire, aunque, de momento, los vuelos entre aquí y allá siguen volando. La incertidumbre comienza a azotar nuestras vidas.

La metáfora bélica domina el discurso. Las autoridades no conocen otro lenguaje. El enemigo invisible nos alcanza a través del contacto humano. Quédense en casa. Guárdense dos metros de distancia. Castigo para los que no saben obedecer los dictámenes diarios. Adiós libertad. Estamos en pleno desierto de lo real.

El soberano cierra fronteras, pero el virus las salta. Los muros no nos pueden proteger. Los encerrados, en las cárceles, en los centros del "ICE", en los campos de refugiados, los que estaban sufriendo ya, sufrirán aún más. Los que viven en favelas no tienen dónde esconderse, ni agua para lavarse las manos, y de todos modos, temen el hambre más que otra enfermedad. No, esta crisis no nos iguala. Nos aísla, nos enajena, nos fragmenta, pero no nos iguala. Nos enseña la vulnerabilidad de la vejez. Nos proporciona cifras escalofriantes. Nos inunda con gráficos exponenciales. Nos convence que sólo el pánico nos puede salvar.

Los sistemas de salud se tambalean. Están a punto del desborde. Y mientras tanto, la economía se derrumba. Hablan de una Gran Depresión. En Estados Unidos,

casi diez millones de personas han solicitado la prestación del desempleo en las últimas dos semanas – un récord histórico, consecuencia directa de las medidas de confinamiento. Sacrificio enorme, pero de momento, estas medidas no han podido lograr parar la propagación del virus, ni en Estados Unidos, ni en Europa. ¿Cuánto tiempo van a necesitar? ¿Cuánto tiempo pueden durar?

Las distintas respuestas de diferentes países ante el coronavirus será un tema de valiosos estudios comparados en un futuro no lejano. ¿Cómo logró el gobierno chino evitar una calamidad aún mayor? ¿Qué lecciones podemos sacar de las experiencias en Corea del Sur, en Taiwan o en Singapur? ¿Las respuestas más 'liberales' de los gobiernos de Suecia y de Holanda, resultarán ser más letales? Muchas incógnitas quedan por resolver.

Eso sí, a mí, en principio, la salida de todo esto, incluso sin vacuna, no me parece que debería de ser tan difícil. Pruebas para todo el mundo, y aislamiento total, obligatorio, para los que dan positivo. Luego repetir el ejercicio una cuantas veces. A estas alturas de nuestra tecnología, uno pensaría que tal ejercicio no habría de ser imposible, ni mucho menos impensable. Entonces, ¿qué está fallando para que, hasta el día de hoy, incluso en los países más ricos del mundo, el acceso a las pruebas sigue siendo tan difícil? Y ya que estamos en ello, ¿por qué faltan tantos ventiladores? No me resultan plausibles respuestas a tales preguntas que apelan a la imposibilidad tecnológica. Más bien, sospecho, tendrán que ver con la naturaleza de nuestro orden social, o sea, de las relaciones de propiedad.

Los días se alargan dolorosamente durante este período de confinamiento. El desgaste psicológico se empieza a notar. Me preocupa el porvenir de mis seres queridos, en España, en Italia, en Kenya, en Missouri, en Nueva York, y de mi familia, en California, en Tanzania, y aquí, en el Reino Unido. Personalmente, me siento arrinconado, sobre-bordado, incluso desesperado, pero todavía no derrotado. Esta mega-crisis va para largo, y tendremos que encontrar la fuerza para algo más que sobrevivir, para resistir, para buscar las brechas que se abrirán a partir de ahora en la lucha contra el capitalismo, en la lucha para un mundo sostenible, en la lucha para un mundo vivible. No nos sobra tiempo.

El estado de la pandemia

Jacinta Gorriti*

La magnitud de la crisis desatada por la pandemia de Coronavirus es evidente a todas luces, incluso si resulta demasiado pronto para vislumbrar sus alcances. Sin embargo, es indudable que el escenario geopolítico y económico global se está reconfigurando como resultado de la emergencia sanitaria provocada por la Covid-19. Quisiera destacar aquí solamente un aspecto de estas transformaciones: la revalorización del Estado que surge en este contexto, luego de décadas de predominio del modelo neoliberal de Estado austero. Hoy resulta casi indiscutible que son los estados los únicos que tienen la capacidad para salvar vidas, atender las urgencias y necesidades de la población y asegurar que el gran esfuerzo que implica el distanciamiento social (la medida que se ha probado más eficaz para frenar el avance de los contagios) se vea reflejado en una contención de la crisis sanitaria. Esta vuelta al Estado tiene como correlato el insuficiente desarrollo de una arquitectura institucional transnacional que sea capaz de dar una respuesta común, rápida y efectiva ante fenómenos como este.

El entramado de organismos e instituciones supranacionales que se fue consolidando durante la segunda mitad del siglo XX , tuvo éxito en la conformación de un nuevo sistema productivo y financiero integrado globalmente. Con la transnacionalización de las economías nacionales, la integración de los estados en

* Becaria doctoral del CONICET. Candidata a Doctora en Estudios Sociales de América Latina en el Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

estructuras interestatales y la readecuación de los regímenes comerciales, impositivos y laborales, se avanzó en la conformación de un capitalismo global. Ahora bien, aunque los procesos de acumulación de capital se globalizaron, las funciones de cohesión y legitimación social, así como los sistemas jurídico-políticos de autoridad, siguieron bajo la órbita de los estados. Este ordenamiento global es el que ahora entra en crisis, puesto que no solo ha dado lugar a desigualdades extremas y a una concentración inaudita de capital en pocas manos, sino que además se muestra limitado y precario frente a una emergencia que implica al conjunto de los países. Las pocas muestras de solidaridad internacional que vemos conciernen a la donación de recursos, equipamientos médicos y otros insumos sanitarios de unos estados hacia otros, no a un modo sistémico de organización global. Los organismos y entidades internacionales, como la Organización Mundial de la Salud, solo pueden sugerir un protocolo común de actuación ante la pandemia, pero no pueden ofrecer la infraestructura necesaria para mitigar sus efectos en cada territorio. Por el contrario, los recortes en el gasto público y el endeudamiento de las economías nacionales llevaron a los estados en todo el mundo a disminuir las inversiones en salud, indispensables en esta crisis sanitaria.

Sin embargo, no asistimos a un retorno del Estado de Bienestar en su forma clásica, con las tradicionales recetas keynesianas para enfrentar la recesión: grandes obras de infraestructura e inyección de dinero para fomentar el consumo. En lo inmediato al menos, los estados van a tener que afrontar una caída de la economía mucho mayor que la de la crisis de 2008-2009, pero en un contexto de distanciamiento social que puede durar mucho tiempo. Este escenario se agrava en aquellas economías que ya registraban altos niveles de endeudamiento y una proyección de menor crecimiento, como en muchos países de la región. Sin duda, los estados tienen que asumir ahora nuevas funciones económicas y sociales para proteger a la población, no solamente del contagio (y evitar así el colapso de los sistemas sanitarios), sino también hacer frente al freno a la actividad económica que ya se ha cobrado millones de puestos de trabajo en todo el mundo. Esta revalorización del rol activo del Estado concierne, entonces, principalmente a su dimensión de cohesión social y de articulación del conjunto de las prácticas sociales. Es decir, a su capacidad para atender simultáneamente a la complejidad de cada instancia que lo compone, con sus tiempos y modos de intervención particulares. Adoptar medidas sanitarias de prevención, contención y mitigación de la pandemia, medidas económicas para garantizar la producción y los ingresos

de quienes están imposibilitados de trabajar, medidas sociales de redistribución y ayuda a los sectores más vulnerables y precarizados, etcétera. Las prioridades heredadas del modelo neoliberal se invierten: la salud y la ciencia ya no constituyen gastos a recortar en favor de una estabilidad macroeconómica, sino inversiones claves. Ninguna crisis en estos últimos setenta años había puesto tan en evidencia la importancia del Estado y de la inversión pública.

Una de las preocupaciones que acarrea este retorno del Estado está vinculada con el posible surgimiento de formas autoritarias de gobierno. El uso por parte de los estados de tecnologías digitales y de *big data* para geolocalizar contagios, controlar el cumplimiento de la cuarentena y realizar proyecciones epidemiológicas, entre otras, ha encendido la alerta con respecto a las libertades individuales y al devenir de las democracias occidentales. Bajo nuevas modalidades, reaparecen las posturas que rechazan los dispositivos técnicos como formas de vigilancia que atentan contra la privacidad, la libertad y la sociabilidad de la vida humana. Sin caer en estas posiciones tecnofóbicas, es preciso repensar la clásica dicotomía que atraviesa las sociedades occidentales entre lo individual y lo colectivo, como si uno fuera en desmedro del otro. Nos encontramos desde hace décadas en un proceso de expansión de la digitalización de la vida social, comandado por unos pocos actores globales vinculados con las dos potencias que se disputan el nuevo orden global: Estados Unidos y China. Si el aislamiento social es temporal, el uso de las tecnologías digitales para el trabajo, la educación, la salud, el entretenimiento y los vínculos sociales no lo es, y se va a extender cada vez más. Esto conlleva toda una serie de desafíos para los estados, en especial para los estados periféricos: desde el fortalecimiento de la infraestructura y la disminución de las brechas de conectividad (que profundizan otras desigualdades sociales), hasta la seguridad de los datos que se extraen de los ciudadanos y la garantía de las reglas democráticas en medio de prácticas de ciber-seguridad. No obstante, eso no significa necesariamente avanzar hacia una especie de totalitarismo del *big data* o a nuevos autoritarismos digitales. Imágenes que parecen sacadas de novelas de ciencia ficción recorren los medios estos días: aplicaciones que alertan a sus usuarios sobre casos de coronavirus en la zona por la que transitan en tiempo real, servicios de *delivery* que informan a sus clientes la temperatura de sus repartidores, códigos QR para liberar actividades si el/la ciudadano/a no tiene síntomas, etcétera. Imágenes que no pueden ser leídas inmediatamente como formas de

control absoluto sobre la población, porque en este momento concreto suponen un modo de cuidado al mismo tiempo individual y colectivo.

¿Qué esperar, entonces, de este fortalecimiento de los estados que parece un fenómeno más duradero que algo simplemente coyuntural? En lugar del repliegue soberano de cada estado sobre sí mismo, seguramente vamos a ver nuevas formas de cooperación entre estos y la instalación de nuevos marcos ideológicos y de políticas económicas comunes. Por más que los estados adquieran nuevas funciones y un mayor peso en el orden global, la interdependencia de cada Estado respecto de los demás se ha vuelto indudable. No podemos esperar que las dinámicas asimétricas que han adoptado históricamente las relaciones entre países centrales y periféricos desaparezcan, pero sí que surjan nuevas formas de codependencia y colaboración entre países más allá de su lugar en el sistema capitalista global. La pandemia de Covid 19 vuelve a mostrar lo que ya deberíamos haber aprendido de todos los desastres ambientales recientes: esto es, que el modelo que la globalización neoliberal ha instalado en todo el mundo no es sostenible ni a nivel ecológico, ni a nivel social. Que urge generar formas de colaboración entre nuestras sociedades que logren potenciar al conjunto global, en lugar de disminuirlo y empobrecerlo, y que en esta tarea los estados tienen un rol fundamental.

El virus y la distopía neoliberal

Héctor Ríos-Jara*

University College of London

La pandemia global está abriendo un espacio para la innovación y transformación radical del neoliberalismo. Las medidas de cuarentena nacional, los paquetes de salvataje y el cambio en la vida social han puesto en duda las estructuras sociales. Como diversos autores lo han enfatizado, este shock abre posibilidades de transformación y de cambio. Sin embargo, las correlaciones de fuerzas en las cuales la sociedad enfrenta esta crisis no permiten vislumbrar con claridad un horizonte emancipatorio que dispute el neoliberalismo. Al contrario, las medidas de las derechas occidentales sugieren un creciente reacomodo del neoliberalismo, en el cual converge un rescate de los circuitos económicos y un disciplinamiento totalitario de la vida social.

En occidente, la pandemia golpea al inicio de una década donde las derechas tecnócratas y nacionalistas se disputan la hegemonía del hemisferio. Mediante voto popular, golpes blandos y duros, las derechas occidentales lograron tomar control de la década post-crisis desplazando las alternativas de cambio al neoliberalismo. Las características más distintivas de las nuevas derechas son su carácter autoritario o iliberal y su permanente tensión con la democracia. Estas características coinciden con las demandas del neoliberalismo y su irreductible contradicción entre el modo de acumulación económica y el funcionamiento de la sociedad. El avance del neoliberalismo requiere subyugar la vida social a las

* Doctorando en Ciencia Social, University College of London, Reino Unido. Estudiante patrocinado COES, Chile.

dinámicas de acumulación que el capital global demanda. Esta subyugación requiere traspasar las barreras de la democracia y sus mecanismos de protección. También requiere romper las formas de organización social encarnadas en los espacios donde el capital se dispone a operar.

Si bien la expansión global del virus Covid-19 pone en duda el sistema global, las derechas en el poder han tendido a reforzar las condiciones de supervivencia del neoliberalismo. Si analizamos el debate sobre las medidas de los principales gobiernos occidentales para afrontar la crisis, hay dos elementos centrales en discusión. El primero corresponde a las regulaciones disciplinares sobre la vida social y sus intercambios. En este eje las principales medidas son las formas de disciplinamiento y administración de la vida social para confrontar la crisis. Países como Francia, Alemania, España, Italia y gran parte de Latinoamérica han decretado cuarentenas nacionales, militarizando el espacio social y prohibiendo cualquier forma de interacción considerada no esencial. Con algún matiz, países como Estados Unidos, Reino Unido, Brasil, Chile y Ecuador han decretado controles parciales sobre la vida social, con niveles heterogéneos de militarización y distanciamiento social, argumentando que el costo económico de una cuarentena total puede ser más perjudicial para el interés nacional que el número de muertes derivadas del virus.

El segundo eje corresponde a la definición de los paquetes de salvataje económico y los destinos del uso intensivo de recursos públicos. Los países occidentales han optado por paquetes orientados a proteger sistemas de pagos, sectores productivos y financieros, con incentivos de distinto calibre a la demanda. Países como EE.UU y Reino Unido han realizado intervenciones defensivas del mercado, reusándose a controlar precios, nacionalizar servicios e industrias, pero han entregado masiva liquidez a trabajadores/as (The economist, 2020). En casos como Alemania, Francia, España, Australia y Argentina se observan paquetes más robustos donde el balance entre protección al comercio, industria y consumo ha sido más balanceado. Pese a las diferencias, estos paquetes buscan proteger la economía de un aumento súbito del desempleo y de la pérdida de la capacidad de compra, que producirán una caída libre de la demanda agregada y podrían en riesgo los circuitos productivos (Saez & Zucman, 2020).

Zizek (2020) interpreta estos paquetes económicos como signos de articulación de un comunismo de estado. Pero lo cierto es que aquello que define al neoliberalismo es el uso autoritario del estado como soporte y apoyo a la expansión del capital en nuevas esferas sociales, y no la oposición ideológica entre liberalismo económico e intervencionismo estatal. Si bien las medidas de los países occidentales innovan en el patrón político más común del neoliberalismo, los rescates financieros, las nacionalizaciones parciales y los estímulos a la demanda siempre han sido parte de la caja de emergencia del neoliberalismo y fueron la principal herramienta mediante la cual el capital afronta y sobrevivió incólume a la crisis del 2008.

Las incipientes coordenadas del debate político permiten dibujar patrones emergentes del proceso de rearticulación del neoliberalismo. La tendencia a la militarización y la primacía de la economía sobre la vida social permiten imaginar un tipo contra-ideal de postneoliberalismo. En esta distopía el capital se ancla en torno a un Estado de supervigilancia, liderado por una burocracia médico-militar. Este Estado define fronteras entre quienes pueden vivir y quienes no, o entre los/as que ameritan ser salvados y los/as que no. Este Estado crecería en burocracia, pero renuncia a detentar el control sobre la totalidad de la vida social, dejando sectores sociales abandonados a su suerte. Esta frontera necro-política sería complementada por una burocracia biopolítica desplegada sobre los sobrevivientes, cuya misión sería reordenar funcionalmente a la población en torno a su relevancia estratégica en el sostenimiento de los circuitos remanentes del capital. Tal como vislumbran Harvey (2020), Byung-Chul Han (2020) y Orozco (2020), los estados de excepción, los paquetes de salvataje del capital y la supervigilancia biológica podrían transformarse en condiciones de posibilidad de la vida subordinada a la existencia del capital.

Esta distopía neoliberal no es el curso histórico necesario, pero las recientes medidas de gobiernos claves sugieren lo contrario. El presidente Trump ha declarado que “América estará abierta para negocios prontamente [...] No podemos dejar que la cura sea peor que la enfermedad” (New York Times, 2020). Con igual indolencia, Bolsonaro ha llamado a boicotear las cuarentenas regionales, organizando la campana “Brasil no puede parar” con la cual buscan forzar una reapertura de la economía (Nodal, 2020). En Chile el despliegue de los militares ha buscado mantener “el orden público”, mientras el ministerio de salud implementa

cuarentenas selectivas a fin de garantizar la cadena de pagos. Estas medidas contraponen la existencia de la economía contra el derecho a la vida, redibujando las fronteras necropolíticas y subordinando la sobrevivencia de la población a la sobrevivencia del capital.-

¿Existe alternativa a esta distopía neoliberal? La rearticulación del neoliberalismo no opera en solitario. Países como Italia, Chile y Brasil muestran también experiencias de resistencia y presión social. Cacerolazos, llamados a huelga general, grupos de apoyo local y sistemas de salud popular se han desarrollado en sectores abandonados por los Estados. La presión social en Brasil logró que el gobierno aumentara los subsidios estatales. De igual manera, las agrupaciones de salud han frenado los intentos de Trump de reabrir la economía, y en Chile los cacerolazos y la presión del colegio médico también han logrado presionar al gobierno para implementar medidas. No es posible saber si estas expresiones de poder social lograrán compensar las políticas del desastre de las derechas occidentales. Sin embargo, estas son las únicas alternativas vivas que pueden tensionar y dilatar el curso de la distopía neoliberal y su barbarie.

REFERENCIAS

- Han Byung-Chul (2020). La emergencia viral y el mundo de mañana. Disponible en: <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- Harvey, D. (2020). Anti-Capitalist Politics in the Time of COVID-19. Disponible en: <https://jacobinmag.com/2020/03/david-harvey-coronavirus-political-economy-disruptions>
- New York Times (2020) Trump Considers Reopening Economy, Over Health Experts' Objections. Available at: <https://www.nytimes.com/2020/03/23/business/trump-coronavirus-economy.html>
- Nodal (2020). Brasil: Bolsonaro llama a boicotear la cuarentena y se enfrenta con los gobernadores. Disponible en: <https://www.nodal.am/2020/03/brasil-bolsonaro-llama-a-boicotear-la-cuarentena-y-se-enfrenta-con-los-gobernadores/>
- Orozco, R. (2020). El autoritarismo social en el combate al Covid-19. Disponible en: <https://www.clacso.org/el-autoritarismo-social-en-el-combate-al-covid-19/>
- Saez, E. & Zucman, G. (2020). Policy Brief 20: Keeping Businesses Alive: The Government Will Pay. Disponible en: <https://econfp.org/policy-brief/keeping-businesses-alive-the-government-will-pay/>

The economist (2020). America's emergency stimulus is imperfect but necessary. Disponible en: https://www.economist.com/leaders/2020/03/26/americas-emergency-stimulus-is-imperfect-but-necessary?utm_campaign=the-economist-today&utm_medium=newsletter&utm_source=salesforce-marketing-cloud&utm_term=2020-03-26&utm_content=article-link-5

Zizek, S. (2020). Coronavirus is 'Kill Bill'-esque blow to capitalism and could lead to reinvention of communism. Disponible en: <https://www.rt.com/op-ed/481831-coronavirus-kill-bill-capitalism-communism/>

Invitados especiales

Teoría & Cambio social
Número 1 · Mayo 2020

Estado de excepción Una contribución a la economía política de la epidemia*

Klaus Dörre**

Friedrich-Schiller-University Jena

El mundo está en estado de excepción. La causa es el Covid-19, un virus para el que no existe ninguna terapia en la actualidad. Este agente patógeno provoca un efecto antisocial. La única protección es el *social distancing* [“distanciamiento social”]. Mantener la distancia y quedarse en casa implica una des-socialización [Entgesellschaftung] extrema de la vida humana, retrayéndola incluso de la comunidad [Entgemeinschaftung]. Cualquiera puede ser portador o portadora del virus. Por eso, de momento, las redes sociales y la comunicación digital están reemplazando el contacto directo entre los seres humanos. Pero, pese a todo ¿ofrece la crisis del coronavirus una oportunidad? Así lo sugieren algunos debates de las ciencias sociales y de la opinión pública también. Las valoraciones de este tipo no merecen ninguna consideración. Si son realizadas por profesores privilegiados

* Título original “Ausnahmestand: Zur Politischen Ökonomie einer Seuche”, texto inédito. Traducido al español por Sergio Pignuoli Ocampo.

** Profesor del Instituto de Sociología, Chair for Sociology of Work, Economic and Industrial Sociology, Friedrich-Schiller-University Jena, Alemania. Co-director del Grupo de Investigación DFG sobre Sociedades Post-Crecimiento y es coeditor del Berliner Journal für Soziologie (BJS) y Global Dialogue. Su investigación se centra en las teorías del capitalismo / capitalismo de mercado financiero, empleo precario, sindicalismo estratégico, digitalización y populismo de derecha.

con altos ingresos y pisos bonitos mientras se miran el ombligo, ofrecerán una lamentable impresión en el mejor de los casos. Únicamente quien suponga que se mantendrá en un lugar seguro durante mucho tiempo, podría interpretar que el *shutdown* ["apagón"] ofrece una oportunidad favorable para desacelerar y darle la espalda al imperativo de crecimiento.¹¹ Si esas perspectivas del propio ombligo que se ven en estos ámbitos con las necesidades satisfechas se extienden, es probable que todos aquellos que sufren las restricciones de manera masiva las perciban sólo como cónicas.

Para decirlo con toda claridad: no hay nada bueno en la pandemia y en la crisis global de la sociedad que ha causado. En lugar de reformular una vez más la manida frase sobre la crisis como oportunidad, tiene más sentido preguntar de manera analítica por la dinámica de la pandemia en materia de cambio de la sociedad. Según mi tesis, la epidemia es un shock externo que golpea con dureza a las sociedades de todo tipo. Sabemos, tal como pronosticó en sus análisis el reconocido historiador Fernand Braudel, que el capitalismo no "puede desplomarse por sí solo, por un deterioro «endógeno»; para tal desmoronamiento sería necesario un choque exterior de extrema violencia y una solución de reemplazo creíble".¹² ¿Es la pandemia del coronavirus un choque de ese tipo? No lo sabemos. Pero es evidente que en la actualidad una solución de reemplazo creíble al capitalismo sólo existe en bocetos vagos.¹³ Por lo tanto, cederle a lo deseable el rango de un escenario futuro probable es absolutamente falso.

Para aventurar un palpito de la economía política de la crisis, lo primero que debemos hacer es mirarnos a nosotros mismos: el Covid-19 comporta peligro de muerte. La pandemia amenaza con quitarle la vida a cientos de miles de personas,¹⁴ deja a millones sin trabajo y priva temporalmente a miles de millones de

¹¹ Cf. Rosa, Hartmut (2020) "Wir sollten unbedingt schauen, was jetzt mit uns passiert", *Süddeutsche Zeitung*, 23/3/2020.

¹² Braudel, Fernand (1986 [1979]) *Sozialgeschichte des 15.-18. Jahrhunderts. Aufbruch zur Weltwirtschaft*. München: Kindler Verlag, p. 702 [Traducción al español tomada de Nestor Miguéz: Braudel, Fernand (1984) *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. El Tiempo del mundo. T. III*. Madrid: Alianza, 1984, p. 529. N. de T.]

¹³ Así y todo, una opción neo- o ecosocialista esta siendo nuevamente discutida en Alemania y en Europa. Cf. Dörre, Klaus/Schickert, Christine (Hrsg.) (2019) *Neosozialismus. Solidarität, Demokratie und Ökologie vs. Kapitalismus*. München: Oekom.

¹⁴ Uno de los problemas de base del debate actual es que las cifras son imprecisas. El registro de muertes no aclara si las víctimas realmente fallecieron a causa del virus. Si se hacen más pruebas, el número de personas infectadas aumentará. O dicho de manera inversa: donde hay poco testeo, el peligro luce menor.

derechos fundamentales. Nada más en el norte de Italia, en Lombardía, el epicentro europeo de la epidemia, hasta el 6 de abril habían muerto oficialmente 8.656 seres humanos a causa del virus. Hay muchos indicios de que la tasa de mortalidad real es mucho más alta. La tasa de mortalidad general en la región se ha cuadruplicado desde la declaración de la pandemia; algunos científicos estiman que, en términos reales, el virus podría haber causado hasta 25.000 muertes allí.¹⁵ Pero, independientemente de la falta de certezas en torno al número de fallecimientos, cuanto más dure la pandemia, tanto más violentamente desplegará sus fuerzas destructivas culturales, sociales y económicas. La economía mundial se dirige sin ninguna duda hacia una recesión profunda, que según el FMI podría ser más aguda que el crack global de 2007-9. En el más optimista de los casos, el *shutdown* acabará dentro de algunas semanas. Incluso entonces, naciones como Alemania contabilizarían caídas en el crecimiento económico del 3% del PBI aproximadamente. Tres meses de *shutdown* podrían implicar una caída económica de hasta un 20%. La República Federal de Alemania tendría entonces hasta 5,5 millones de personas con jornada laboral reducida. Esto sucedería en un país rico que, pese a todos los recortes, dispone de un Estado de Bienestar muy eficiente todavía. En aquellos lugares donde las redes de seguridad social sean más rudimentarias o inexistentes, las consecuencias serán mucho más agudas. Sólo en Estados Unidos se registraron como desempleados alrededor de seis millones de personas en una semana. Decenas de millones de trabajadores informales y de inmigrantes ilegales, a los que al igual que en cualquier parte del mundo les resulta imposible mantener la distancia, ni siquiera son registrados por las estadísticas de desempleo.

Se prevé que los Estados que dispongan de un sistema de salud robusto y de un Estado de Bienestar medianamente preparado serán los que mejor atravesarán la crisis. Es igualmente claro que en Europa las sociedades del sur y del sudeste serán sin dudas las más afectadas por las consecuencias. Las altas tasas de mortalidad entre personas infectadas por coronavirus en España e Italia están indudablemente asociadas con los ahorros en el sistema de salud impuestos por la política europea de austeridad. También en Gran Bretaña, el desangrado sistema de salud es corresponsable de la elevada tasa de mortalidad. Con todo, en esos países, e incluso en los Estados Unidos, la situación sigue siendo desigualmente

¹⁵ ntv (2020) Massensterben in Salvinis Heimat. Warum das Virus die Lombardei so befällt. ntv Politik del 6/4/20

mejor que en la mayoría de los países del Sur global. El continente africano es probablemente el más vulnerable. Mientras que la cantidad de médicos por habitante en Europa es de 1:300 en promedio, en África subsahariana hay unos 5.000 habitantes por cada médico. Únicamente Sudáfrica dispone de un sistema salud medianamente desarrollado con 3.000 camas de terapia intensiva. Los millones de personas que viven en los suburbios más vulnerables, algunos de los cuales sufren de malnutrición y no pueden mantener el *social distancing*, poco podrán oponerle al virus. Si la pandemia se extendiera a los 54 estados africanos de manera acelerada, podría costar la vida de hasta diez millones de personas en el peor de los casos.¹⁶

Con semejantes escenarios de desastre ante los ojos, queda claro por qué los Estados en condiciones de permitírsele están haciendo todo lo posible para franquear económicamente el *shutdown*. Ahora se tira por la borda mucho de aquello que largamente fuera verdad económica irrefutable: Freno de la deuda - *passé!* Déficit cero en los presupuestos públicos - parte del pasado. Endeudamiento del Estado - ¡absolutamente a la moda! El gobierno de los Estados Unidos está invirtiendo más de dos billones de dólares para estabilizar su economía. También Alemania y la Unión Europea están lanzando programas récord. Pero, un momento ¿esto ya indica un cambio de paradigma sostenible en la política económica? Un vistazo a la realidad europea plantea dudas. Muchos se preguntan cómo evaluar el hecho de que la economía mundial capitalista tenga que ser salvada con medios no mercantiles por segunda vez en diez años. Tampoco se puede descartar que un acontecimiento de este tipo, un “cisne negro”, vuelva a ocurrir en el futuro. Con todo, las élites políticas y económicas no esperan otra cosa que un rápido repunte del crecimiento tras la pandemia. En Alemania, los economistas cercanos al gobierno, los llamados “sabios de la economía”¹⁷, pronostican un crecimiento mayor al 5% para 2021.

¿Acaso sucederá eso? Es completamente incierto. Para la “campeona mundial de las exportaciones”, Alemania, mucho depende de la rapidez con que se recuperen

¹⁶ “Afrika drohen Millionen Tote”, *Frankfurter Rundschau*, 76. Jahrgang, Nr. 82, 6/4/20, p. 7.

¹⁷ Wirtschaftsweisen [“sabios de la economía”] o Fünf Wirtschaftsweisen [“los cinco sabios de la economía”] es la forma con que se conoce popularmente al Sachverständigenrat zur Begutachtung der gesamtwirtschaftlichen Entwicklung [“Consejo de expertos para la evaluación del Desarrollo Macroeconómico”] [N. de T.]

países como China y sus vecinos europeos. Si bien ya asoma un frágil repunte económico en China, lo que más preocupa es la economía interna europea. El gobierno alemán debería estar, y en muy buen grado, interesado en la rápida ayuda para los países más afectados de la Unión Europea. Pero en lugar de eso, aliado con los Países Bajos, está bloqueando los coronabonos. Este instrumento ofrecería un medio solidario para el manejo de la crisis, porque facultaría a los Estados de la Unión Europea a tomar fondos en préstamo en los mercados financieros de manera conjunta. El hecho de que el premier italiano Giuseppe Conte tuviera que dirigirse a la población alemana, por así decirlo, como un suplicante a través de la televisión por el asunto de los coronabonos, mientras en el gobierno de Merkel se discutía el uso de máscaras faciales, es un escándalo sin igual.

La simbólica genuflexión de Conte muestra de manera ejemplar que el manejo de la epidemia se ha convertido en una prenda dentro de la puja por la futura supremacía en el sistema internacional de Estados. Los envíos de ayuda de China y de Rusia a Italia no son actos de solidaridad internacional solamente. Guardan también el propósito de ayudar a poner al descubierto la –por completo inadecuada– gestión de crisis de la antigua potencia líder occidental, los Estados Unidos, y de capitalizar políticamente las divisiones internas de la Unión Europea. De hecho, los responsables de las decisiones de la Unión Europea representan por estos días un drama singular, y no sólo por los coronabonos. La política de migración ofrece una lección ilustrativa. A diario cruzan las fronteras exteriores de la Unión Europea solamente 30 (!) migrantes refugiados en promedio. Sin embargo, son decenas de miles los que vegetan en los campos de refugiados de las islas griegas en condiciones higiénicas catastróficas. En algunos campos se ha detectado el virus. Pero inicialmente sólo el microestado de Luxemburgo había aceptado acoger a una docena de jóvenes no acompañados provenientes de los campos. Con demoras, la República Federal de Alemania siguió el ejemplo con 50 jóvenes – atiéndase bien ¡50 de varios miles!¹⁸ Los refugios levantados en territorio alemán y en otros tantos lugares en 2015 están en tanto vacíos. El mercado laboral de los Estados centrales sufrirá de nuevo escasez de mano de obra, a más tardar

¹⁸ El número de niños y jóvenes refugiados no acompañados menores de 18 años es de 5.250 según una estimación oficial de marzo de 2020. El gobierno griego modificó la ley de migración de modo que sólo considera necesitados de protección a los jóvenes menores de 14 años, es decir, un total de 435. Todos los demás están sujetos a las normas de migración y pueden ser expulsados. En general, el grupo oficialmente vulnerable sólo constituye el 8,7% de los menores no acompañados. Si el gobierno alemán acoge a 50 jóvenes, puede afirmar que esto representa más del 10% del número total.

después de la pandemia. Teniendo esto en cuenta, el manejo de los inmigrantes refugiados es equiparable con una declaración de bancarrota moral de la Unión Europea.

La política de aislamiento responde, y no en último término, al temor generado por la actual revuelta populista de derecha. Considero que el temor es comprensible, pero, en última instancia, completamente disfuncional en términos políticos, ya que le cede margen de maniobra a la extrema derecha que no está en apremios. Donde sea que los populistas de derecha como Trump o de extrema derecha como Bolsonaro gobiernan, la gestión de la crisis fracasa. La actitud ambivalente de Trump ha convertido a Estados Unidos en el epicentro mundial de la pandemia. Las naciones de la Unión Europea tienen razones de sobra para distanciarse resueltamente de tamaño fracaso. Para hacerlo sin embargo deberían poner primero la casa en orden. Lombardía, por ejemplo, es el bastión de la *Lega Salvini Premier*, una organización de extrema derecha que como mínimo es responsable de la alta tasa de mortalidad con la privatización del sistema sanitario y la minimización del Covid-19 como un simple efecto gripal. Hace tiempo, cuando la pandemia se desató, los principales dirigentes políticos de la *Lega* instaron a los responsables de hogares de ancianos y de geriátricos a ocultar las cifras reales de muertos. Quienes exigían mascararas faciales para el personal fueron amenazados con el despido por la presunta provocación de pánico colectivo. De las 5060 camas de terapia intensiva reportadas, el sector privado, mimado por *Lega*, no aporta ni siquiera el 8%. Esta es una de las razones por las que los médicos tienen que decidir qué emergencias tratan y qué emergencias no, implicando esto último el abandono de los enfermos graves a una muerte segura.¹ El destino de Lombardía enseña que en tiempos de pandemia el extremismo de derecha es una amenaza para la vida en el sentido más literal de la palabra. A pesar de algunas teorías conspirativas que se reproducen en la red y de la conjura de chivos expiatorios a la Trump, las mayorías populares tomarán nota de esto. Bajo el supuesto de que la oposición democrática planteara una política anticrisis creíble, la epidemia podría propinarle una dura derrota a la extrema derecha.

Pero aun cuando todo eso ocurriera, la crisis del coronavirus no ofrecería ninguna oportunidad, ya que no está garantizado que el Covid-19 continúe siendo un

¹ Cf. ntv 2020, op. cit. Para el sistema de salud italiano en general, v. Susanne Böhme-Kuby (2020) SOS Italien.

“choque externo”. Es probable que el cambio climático, momentáneamente relegado a un segundo plano, desencadene una serie de shocks externos que requerirán una gestión de crisis estatal a gran escala también. Cabe pensar que el estado de excepción se convertirá de manera gradual en el caso normal. Esto había sido ya previsto por el sociólogo Ulrich Beck décadas atrás. La sociedad del riesgo es una “sociedad catastrófica”, en ella “el estado de excepción amenaza con convertirse en el estado de normalidad”.² La crisis del coronavirus le ha dado la razón a Beck al menos en este punto, pues es un desastre en términos ecológicos ella misma, o para decirlo con más precisión, ella provoca un *degrowth by disaster* [“decrecimiento por desastre”].³ Al igual que en 2009, las emisiones perjudiciales para el clima disminuirán y, quizás también, la demanda de recursos. Podría incluso suceder que, por el inicio de la crisis, Alemania y otras naciones europeas cumplan después de todo sus objetivos climáticos. Pero esto no tendrá nada que ver con la revolución social y ecológica de la sustentabilidad que tan urgentemente necesitamos en todo el mundo.

Al menos se ha hecho visible que una política estatal enérgica conserva la capacidad de imponerse en tiempos de crisis. El Estado puede restringir libertades que los fuertes ejercen a expensas de los débiles mediante regulaciones vinculantes - en beneficio de todos o al menos de las grandes mayorías. Es decisivo que, en todos los casos, la acción estatal permanezca atada a la voluntad democrática. La democracia, sin embargo, requiere contiendas públicas, disputas, reuniones, manifestaciones y huelgas. Estos derechos fundamentales deben ser velados y asegurados de manera permanente en cualquier tipo de crisis. La democracia encarna, por tanto, lo opuesto al estado de excepción. La libertad, que corresponde a las reglas democráticas, posee siempre una dimensión social vinculante. Esto es particularmente válido para el caso de las libertades de empresa. Sólo en el caso de que se atenen fuertemente estas libertades al futuro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible⁴, existirá alguna posibilidad de que estos, junto con los ob-

² Beck, Ulrich (1984) *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, p. 105. [Citado según la traducción al español de Jorge Navarro: Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, p. 30. N. de T.]

³ Víctor, Peter A. (2008) *Managing Without Growth—Slower by Design, Not Disaster*. Cheltenham: Edward Elgar.

⁴ “Objetivos de Desarrollo Sostenible” es el término equivalente de *Nachhaltigkeitszielen* (también *Zielen für nachhaltige Entwicklung*). Según el PNUD “Los Objetivos de Desarrollo Sostenible, también conocidos como Objetivos Mundiales, se adoptaron por todos los Estados

jetivos climáticos, se hagan realidad. Esto significa concretamente que las sociedades civiles deben poder influir de manera directa y democrática en qué y para qué se produce y reproduce. Se trata nada más y nada menos que de redistribuir el poder de decisión en beneficio de las mayorías hoy día impotentes y se trata también de justicia climática, no sólo en la dimensión ecológica, sino también en la dimensión social.

Atendamos algunos hechos: Mientras que el 10% más rico de la población mundial, con sus lujosos estilos de vida, es causante del 49% de emisiones perjudiciales para el clima, el 50% de menores ingresos es responsable de nada más que el 3%.⁵ La desigualdad de ingresos dentro de los países provoca un aumento cada vez mayor de las emisiones. En 1998, estas desigualdades representaron alrededor del 30% del aumento mundial de las emisiones y hacia 2013 la cifra ya había trepado al 50%. El 1 % más adinerado de los Estados Unidos, Luxemburgo, Singapur y Arabia Saudita produce anualmente 200 toneladas de CO₂ per cápita, dos mil veces más que los grupos de menores ingresos de Honduras, Ruanda y Malawi (0,1 toneladas por persona al año). En el rango medio con unas seis o siete toneladas de CO₂ están, entre otros, el 1% más rico de los tanzanos, el séptimo de los chinos, el segundo de los franceses y el tercer decil de ingresos de los alemanes. En promedio, todos y cada uno de los alemanes son anualmente responsables de 11,5 toneladas de gases de efecto invernadero. El promedio mundial es de unas 7 toneladas, el de la Unión Europea de 8,5 toneladas.⁶

La crisis del coronavirus nada cambiará en tamañas disparidades. Lo más probable es que, al interior de los Estados, las desigualdades se incrementen, y que entre los Estados ocurra lo mismo, aumentando también las injusticias climáticas. En cualquier caso, los riesgos ecológicos no dan lugar a “daños universales” como Ulrich Beck supuso erróneamente.⁷ Por el contrario: con cuanta mayor urgencia

Miembros en 2015 como un llamado universal para poner fin a la pobreza, proteger el planeta y garantizar que todas las personas gocen de paz y prosperidad para 2030.” Información más amplia y detallada en <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/> [N. de T.]

⁵ Gallagher, Kevin P. y Kozul-Wright, Richard (2019) *A New Multilateralism for Shared Prosperity*. Geneva Principles for a Global Green New Deal. Geneva, p. 22.

⁶ Chancel, Lucas/Piketty, Thomas (2015) *Carbon and inequality: From Kyoto to Paris*, p. 9, 10.

⁷ “La miseria es jerárquica, el smog es democrático”, argumentó Beck. Ders. (1986), p. 48 [Trad. tomada op. cit. p. 42. Subr. original. N. de T.]. Esta fórmula no funciona en general, siendo inválida para el coronavirus también. Ahora mismo, la pandemia está pronunciando las

se implementen los Objetivos de Desarrollo Sostenible, tanto más feroces serán las luchas distributivas de las sociedades tras la crisis del coronavirus. Tal es la razón por la que necesitamos, preferentemente antes que concluya la pandemia, un debate de alcance mundial sobre el orden económico y social del futuro. La voz de las ciencias sociales públicas⁸ podría servir a este debate como medio, como espejo y como megáfono. En tiempos de epidemia, los medios de las distintas disciplinas tendrían que utilizarse para mostrarnos aquellos fenómenos sociales que nos animen al menos un poco. A estos pertenece con toda seguridad la valoración de lo social, la necesidad de relacionarnos socialmente, que se evidencia abiertamente en tiempos de auto-aislamiento forzado.

Como aprendemos de la autolimitación de la comunicación digital, los contactos sociales reales en el trabajo y en la intimidad son importantes para muchas personas. No hay teléfono móvil ni videollamada o sala de chat capaz de reemplazarlos. Esto vale para los procesos de trabajo en su conjunto. Incluso una actividad pesada y monótona se sobrelleva mejor cuando los trabajadores tienen buena química. En la crisis del coronavirus, la cohesión en el lugar de trabajo en buena medida desaparece. Por supuesto, los conductores de transporte público, las cajeras, los cuidadores de ancianos o las enfermeras reciben en estos tiempos más reconocimiento de los clientes y de la opinión pública. Pero no hay garantías de que este mayor reconocimiento se prolongue en el tiempo ni de que vaya a tener un impacto material en los empleados tras la pandemia. Esto es lo que hace que la revolución en la atención sea aún más urgente como parte integral de la revolución de la sustentabilidad ecológica y social. Hoy todos percibimos lo que es realmente vital.⁹ Sin el fútbol profesional, los aficionados al fútbol pueden vivir muy bien durante largos períodos de tiempo, pero no sin panaderos, agricultores, asistentes médicos, camioneros y vecinos serviciales. Todos necesitamos una infraestructura social que funcione bien. Esta debe convertirse en un bien público y su financiamiento debe ser privilegiado. No sólo en Alemania, sino en toda Europa y el mundo. Luchar por ello, por una infraestructura social que provea y

distinciones de clase en lo que hace a la distribución de riesgos para la salud. Tan pronto comience la lucha por los costos de la crisis, esta tendencia se intensificará aun más.

⁸ Burawoy, Michael (2015) *Public Sociology. Öffentliche Soziologie gegen Marktfundamentalismus und globale Ungleichheit*. Compilado por Brigitte Aulenbacher y Klaus Dörre con un epílogo de Hans-Jürgen Urban. Weinheim/Basel: Beltz Juventa.

⁹ Winker, Gabriele (2015) *Care Revolution. Schritte in eine solidarische Gesellschaft*. Bielefeld: transcript Verlag.

movilice los recursos básicos, sería un pequeño primer paso para ganar cierto margen de maniobra a fin de establecer el rumbo hacia un desarrollo progresivo de la sociedad a partir de una catástrofe devastadora.

No hay motivo sin embargo para un gran optimismo en todo esto. Observando la transición del feudalismo al capitalismo, la feminista Silvia Federici ha expuesto cómo la peste negra, un *shock* externo de proporciones atroces, condujo a la escasez de mano de obra y, por lo tanto, brindó transitoriamente una mayor libertad a las mujeres y las clases subalternas. El contragolpe de las clases dominantes no se hizo esperar. El resultado fue el capitalismo.¹⁰ No es necesario proseguir con el relato. Sabemos además que la historia no se repite. El hecho de que pueda surgir un nuevo orden social tras la pandemia que no sea mejor que el que está detrás de nosotros es un grave peligro. Tenemos que enfrentarlo con un compromiso apasionado, pero también con un aconsejable sentido científico de la realidad.¹⁹

¹⁰ Federici, Silvia (2015) *Caliban und die Hexe. Frauen, der Körper und die ursprüngliche Akkumulation*. Budapest: Mandelbaum, 3. Aufl.

El nacionalismo epidémico y los límites de la solidaridad

Stephan Lessenich*

Universidad de Múnich

Si algo de positivo tiene el coronavirus, es el hecho de que, de repente, todo el mundo está hablando de “solidaridad”. Con el fin del socialismo de estado, el auge del neoliberalismo y la crisis del movimiento obrero, la idea de solidaridad fue relegada a los libros de historia, siendo rescatada del olvido general como máximo para unas horas de movilización social anacrónica cada 1º de Mayo. Y, para ser sinceros, no nos habría extrañado si así hubieran seguido las cosas: Olvídense de la fraternidad y la ternura de los pueblos, ¡que vivan la responsabilidad propia y la competencia internacional!

Sin embargo, de un día para otro, parece que los tiempos han cambiado. De pronto, nos encontramos con afiches reclamando una actitud solidaria en cada supermercado, todos nuestros amigos publican a diario mensajes de solidaridad en sus cuentas de Facebook, y gobernantes que hasta hace unas semanas no conocían más que mercados e individuos ahora nos invocan a proteger a nuestros conciudadanos más remotos como si fueran de la familia. En cierto modo, ser solidarios está de moda: Mostramos nuestra solidaridad con los nuevos “héroes” cotidianos aplaudiéndoles desde los balcones, con los vecinos encargándonos de sus compras, con nuestro restaurante favorito haciendo un pedido a domicilio. De un momento a otro, nos damos cuenta de lo fácil que

* Stephan Lessenich es profesor titular de sociología en la Universidad de Munich (LMU), Alemania. Entre 2013 y 2017 fue presidente de la Asociación Alemana de Sociología (DGS). En 2019 publicó “La sociedad de la externalización” (Herder Editorial).

es ser solidarios. Basta con quedarse en casa, guardar las distancias y comprar bonos canjeables en cuanto lo peor haya pasado.

¿Preguntas? Pues sí. Porque efectivamente hay que preguntarse hasta dónde llega esta nueva solidaridad, y cuánto durará. ¿Se extenderá por más de los dos metros de distancia de seguridad que nos dicen puede salvar vidas? ¿Y más allá del tiempo de confinamiento actualmente decretado por las autoridades?

Si se mira bien, resulta que la solidaridad *coronaria* tiene sus límites y que en el fondo oculta un régimen de competición que sigue tan vivo como antes. Para no ir más lejos, en Alemania el virus ha enardecido un federalismo competitivo donde los estados federales pujan por implementar las medidas más efectivas y por ser los primeros en hacerse con el material médico necesario. Una de las primeras decisiones del gobierno alemán en cuanto se dio cuenta de la gravedad de la situación fue impedir la exportación de medicamentos, incluyendo a los países de la Unión Europea. A nivel europeo, en la crisis del Covid-19 se reproducen las estructuras de hegemonía política y dominación económica que una década atrás ya marcaron la Europa de la crisis financiera: Alemania, secundada por sus discípulos de austeridad como Austria, Finlandia y los Países Bajos, se niega a socializar su estatus de deudor privilegiado, impidiendo una solidaridad monetaria que aliviaría la situación financiera de países como Italia o España.

Sin embargo, a la hora de continuar (o, en todo caso, radicalizar) su proteccionismo social y territorial con vistas a la inmigración indeseada, la identidad de intereses de los miembros de la Unión Europea es notable. Alemania por ejemplo no vaciló en suspender inmediatamente su programa de acogida de refugiados. La UE ha erigido un *cordón sanitaire* a lo largo de sus fronteras exteriores que sentencia a muerte a miles de personas y que ahora, con el virus como “enemigo invisible” atacando desde el exterior, se recrudecerá aún más, convirtiéndose en un *cordón homicidaire* de dimensiones inesperadas. Nadie considera evacuar los campos de refugiados en Libia o Turquía, en Calais o en las islas griegas, donde las condiciones de “vida” son inimaginables para cualquier ciudadano europeo, porque cualquier acción humanitaria es considerada como una falsa señal para el “mercado migratorio”; y porque devaluaría la renta monopolística que tanto

los ciudadanos alemanes como los italianos o españoles perciben de su ciudadanía europea.

Desde hace unas semanas, nos hemos acostumbrado a que se cuenten los muertos por el coronavirus. Cada día nos presentan gráficos con los datos actualizados, cada día miramos las curvas, esperando que se aplanen. ¿Pero quién cuenta los muertos en las fronteras europeas, dónde se encuentran los gráficos que visualizan, en la primera página de los diarios más importantes, las víctimas globales que permanentemente está causando el modo de vida europeo? Con Covid-19 y el régimen político y medial que se está gestando para informar el público europeo y para proteger las poblaciones de las naciones europeas, se pone de manifiesto la mendacidad de la “civilización” europea, la doble moral con la que operan las sociedades “desarrolladas”.

No nos confundamos: Las naciones democráticas de “Occidente” se han constituido históricamente como comunidades explotadoras, y lo siguen siendo en la actualidad. Su productividad económica está basada en una destructividad social y ecológica que desde hace décadas, o más bien siglos, va a costa del resto del mundo. La racionalidad perfectamente irracional de su modo de producir y consumir genera las crisis recurrentes que sacuden el globo: crisis financieras y migratorias, climáticas y pandémicas. Todas ellas unas crisis que producen más pena y sufrimiento justamente –y paradójicamente– para aquellos que menos tienen que ver con sus causas estructurales.

Si ahora mismo se están descubriendo, en los países más ricos del mundo, los “más vulnerables”, ese término no se refiere al proletariado – agrario, industrial y de servicios – global que con su trabajo y su desistimiento posibilita la constitución y reproducción del modo de vida de las sociedades occidentales. Y tampoco se refiere a los estratos más desprivilegiados de esas sociedades, que sistemáticamente han sido marginalizados por políticas económicas y sociales neoliberales – ni a los millones de migrantes que con su trabajo informalizado o incluso ilegalizado establecen la base productiva de la prosperidad de las naciones supuestamente “postindustriales”.

Se dice ahora, en consonancia con la literatura sociológica, que la solidaridad con los “más vulnerables” – ante todo con personas mayores y enfermos

crónicos – es como la masilla que cohesiona la sociedad, el cemento social que nos une a pesar de todas nuestras diferencias. Pero lo cierto es que esa misma solidaridad es la fuerza social que nos une contra la intemperie que nos acecha desde el exterior: contra el virus, contra los refugiados y, como no, contra los chinos (que pretenden desestabilizar la balanza de poder mundial, hasta con un ataque viral). La *sociedad del corona* parece estar atrapada en un solidarismo nacional, que opera al modo de “sálvese quien pueda”.

Mucho se está hablando actualmente de la manía popular de acaparar aprovisionamiento, más que nada de gente comprando cantidades industriales de papel higiénico. Se puede ridiculizar tal comportamiento, o bien interpretarlo como un caso colectivo de fijación anal. Sin embargo, más adecuada parece una lectura *bourdieuana*, entendiéndolo como expresión del “gusto de necesidad” de las clases populares que bien saben que si los supermercados cierran serán ellos los afectados, mientras que las clases altas siempre sabrán, pase lo que pase, abastecerse con lo que haga falta. Sea como sea, el interés público en las “compras de hámster” ofusca un problema mucho más importante, que es el atesoramiento de las naciones: En la carrera internacional por controlar la pandemia, cada nación hace todo por maximizar e incluso – si es posible y parece necesario – monopolizar las oportunidades de “su” población de salir viva de la crisis.

En vista de esta constelación una cosa debe quedar clara: “Solidaridad” no se califica como tal si necesariamente va en detrimento de terceros, si su exclusividad no es reflejada –y mucho menos problematizada– en el discurso público. Contra el nacionalismo epidémico hay que reivindicar un globalismo sistémico, porque lo que está en cuestión es la supervivencia no de una nación u otra, sino de la humanidad entera. Es el falso solidarismo de la “cohesión social” el que se merece ser confinado a los libros de historia. Toda persona que contribuya a su fin puede reclamar para sí ser solidaria.



Boletín del
Grupo de trabajo
**Teoría social
y realidad**
latinoamericana

Teoría & cambio social
Número 1 · Mayo 2020

